

LA CRISIS DEL SIGLO XX
EL ÚLTIMO ANTICRISTO

Fielden Torres

**LA CRISIS DEL SIGLO XX
EL ÚLTIMO ANTICRISTO**

Ediciones Abya-Yala
2000

LA CRISIS DEL SIGLO XX
EL ÚLTIMO ANTICRISTO
Fielden Torres

1a. Edición Ediciones ABYA-YALA
 12 de Octubre 14-30 y Wilson
 Casilla: 17-12-719
 Teléfono: 562-633 / 506-247
 Fax: (593-2) 506-255
 E-mail: admin-info@abyayala.org
 editorial@abyayala.org.
 Quito-Ecuador

Impresión Docutech
 Quito - Ecuador

ISBN: 9978-04-647-x

Impreso en Quito-Ecuador, 2000

CONTENIDO

PRESENTACIÓN.....	7
I. LA GLOBALIZACIÓN	
Introducción.....	11
La Globalización.....	14
El Post-Modernismo.....	17
El Nuevo Orden Mundial.....	19
Equidad vs Igualdad.....	22
II. DIALÉCTICA DE LA CRISIS	
Origen de la crisis.....	27
Las crisis como factor dialéctico.....	31
La crisis de 1900.....	34
La crisis de 1929.....	36
La crisis de 1987.....	40
III. LA CRISIS PERMANENTE	
La crisis permanente.....	43
IV. MANIFESTACIONES DE LAS CRISIS	
La crisis de la deuda externa.....	53
La crisis de Latinoamérica.....	59
La crisis de los países asiáticos.....	64
V. LA CRISIS DE VALORES	
El pensamiento filosófico.....	69
Razas y Religiones.....	75

VI. LA PARADOJA DIALÉCTICA	
La Paradoja Dialéctica.....	81
El Neoliberalismo	84
El nuevo Estado latinoamericano.....	88
La Nueva Utopía.....	91
 BIBLIOGRAFÍA.....	 95
 DATOS DEL AUTOR.....	 97

PRESENTACIÓN

GRAN PARTE DE LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD se ha desenvuelto en torno a mitologías, profecías y libros sagrados que le han dado una visión y un sabor muy especial a un asunto tan serio como es la trayectoria de la vida misma.

Hace muchos años atrás se pensaba que los conceptos religiosos respecto al origen de la vida y del universo eran incontrovertibles, y quien tenía un planteamiento diferente era ciertamente un renegado o un hereje que tenía que retractarse o pagar con su vida la tremenda osadía de cuestionar lo establecido.

El encanto de la mitología estaba sazonado con hermosas historietas que si bien hoy han desenmascarado su oportunismo, no dejan de concedernos aleccionadoras fábulas que bien pueden seguir aportando innovadores elementos para continuar descubriendo la ilimitada riqueza inventiva del ser humano.

Tal el caso de las profecías de Nostradamus que si bien no tienen un estudio científicamente fundamentado, se dice que muchas de ellas coincidieron increíblemente con varios hechos históricos ocurridos en el transcurso de los años que, viéndolas con el característico sentimiento humano, nos han llenado de emociones y pasiones que no hubiera podido lograrse si tal personaje no hubiese existido. Y dentro del esquema globalizador de las comunicaciones de fin de siglo, no existe sobre la faz de la tierra individuo medianamente culturizado que no conozca de él y de sus profecías, y que no se haya planteado interrogantes sobre su veracidad. ¿Quién y cómo consiguió esa culturización tan intensiva sobre este tema en particular? Quizás el hombre o empresa que difundió el reportaje “Las profecías de Nostradamus”

—¿lo recuerdan?— esté orgulloso de ello, pero igualmente orgulloso debe estar evidentemente, por haber logrado llenar bondadosamente sus bolsillos, y haber alcanzado a su vez un importante éxito en el hecho de haber actualizado un tema que bien pudo pasar desapercibido.

¿Malo o bueno que así sea? El hombre es bueno y malo por naturaleza y no hay fuerza celestial que lo transforme. Por eso quizás es cultor de profecías y especulaciones que le dan un enorme poder inventivo y que le permitieron, con el paso de los años, llegar al sitio en que se encuentra.

Quién no se pregunta por ejemplo, con bastante inquietud y curiosidad humana, siguiendo el hilo de la historia de Nostradamus, ¿quién pudo o quién podría llegar a ser el último anticristo? Quizás sin darse cuenta, o sin comprender los efectos que podía tener en el futuro, este misterioso personaje del siglo XIV pudo haber desarrollado un síndrome que para bien de muchos, no pasó de ser simple curiosidad. El anticristo, según las interpretaciones de los estudiosos, fue el personaje aquel revestido de poder y liderazgo —mas malo que bueno— que pretendió avasallar a las naciones vecinas y constituir imperios, al igual que lo fueron en el pasado Grecia y Roma, por lo que señalan a Napoleón y Hitler como dos anticristos, y plantean que el tercero y último anticristo está aún por llegar, si es que a lo mejor ya está entre nosotros. Pero si anticristos fueron aquellos líderes de Estado que invadieron naciones vecinas y las sojuzgaron, y mantuvieron su poder avasallando soberanías, irrespetando fronteras, e imponiendo nuevas condiciones que rompen el tradicional concepto de democracia, tenemos enfrente nuestro al tercer anticristo y no lo queremos reconocer, por lo que es necesario que repasemos la historia de fin de milenio y nos pongamos a meditar.

¿Por qué sostenemos que la definición de “último anticristo” se identifica notablemente con la historia de fin de siglo? Porque el último anticristo —*que realmente ya está entre nosotros*— si-

que teniendo el mismo poder avasallador que tuvieron los dos primeros, y porque su dominio, a pesar de sus nuevas características un tanto diferentes a las de los anteriores, también rebasan fronteras, soberanías y democracias, y porque, en definitiva, el último anticristo –que es mucho más poderoso que los dos primeros– germinó su semilla desde tiempos inmemoriales que, al igual que los virus más dañinos, corrió en el torrente sanguíneo de la humanidad, por siglos, y ahora está dando sus frutos; porque penetró con fuerza, en la mentalidad de millones de personas en el mundo.

Uno de los fines del presente documento es relievlar la importancia dialéctica del siglo XX en comparación con lo que fue el siglo anterior. Al finalizar el siglo XIX, los logros tecnológicos alcanzados por los futuros países líderes del proceso fueron realmente espectaculares, y sentaron la pauta para conseguir que el siguiente siglo sea un siglo de sorpresas increíbles. El fonógrafo, la lámpara incandescente, el vehículo a motor de combustión interna y otros más que iban apareciendo paulatinamente, dieron a la humanidad el toque mágico para el futuro mundo de las fantasías capitalistas, que ni siquiera la tenaz ideología marxista o el duro temple de la personalidad oriental logran vencer. Los últimos minutos del siglo XIX fueron celebrados con muchas esperanzas y alegrías. Los últimos minutos del siglo XX causan terror: La falla del milenio ó Y2K fue identificada por todos como un enigma, y demandó de millones de dólares para no perder el último aliento de todo un siglo. Y de los resultados ¿qué? La humanidad triplicó su población y la pobreza ronda por todos los continentes como una maldición. Aumentó la inseguridad, la destrucción del propio hábitat y el odio entre seres de la misma especie. ¿Habrá mejores esperanzas en el próximo siglo?

Sin embargo, otro de los fines del presente documento también es el de reforzar las insinuaciones efectuadas a nivel internacional, respecto a la conformación del “nuevo orden mundial”, cuyo poder intrínseco coincide con nuestro planteamiento ini-

cial de un Comunismo Moderno bajo un Neoliberalismo atosigante, para los cuales, no deja de tener enorme importancia la concepción básica del determinismo histórico, cuyo seguimiento se hará en el presente texto. La humanidad, a pesar del odio mutuo que ronda entre nosotros –identificado mas bien como falta de justicia– vislumbra un rayo de esperanza que si bien asegurará la especie y proveerá de mejores condiciones de vida, nos acondicionará para el siglo de las conquistas extraterrestres, de la perfección humanoide, de la redistribución de la riqueza, a cambio de perder paulatinamente, la última gota de bondad humana que todos queremos mantener. El mundo llegará a ser inflexible –ya lo está siendo a través de organismos como el FMI o el BM– a cambio de buscar eficiencia para que los recursos, ante tan grande demanda mundial, no se evaporen, y subsistirán sólo los que puedan soportar la dura competencia que desbocadamente se avecina.

Por último, es necesario resaltar que la filosofía, como tal, ya no es un tema patrimonial de los filósofos solamente. En el siglo que se avecina y en buena parte del siglo XX, la filosofía se transformará en una herramienta más del hombre moderno para entender el mundo y para ubicarse correctamente en el torrente de la historia. La filosofía se tornó, a fuerza de su influencia, en el arma más poderosa para definir, en el aspecto cotidiano e incluso empresarial, el “qué somos” y “hacia dónde” nos dirigimos, caso contrario, de no entender su importancia y su cobertura, no dejaremos de ser los títeres que jamás entendieron de dónde procedían y por qué camino tenían que llegar. Preparemos las herramientas para afrontar el próximo siglo, y la herramienta del conocimiento integral es una de ellas.

I. LA GLOBALIZACIÓN

Introducción

NO SON SÓLO LAS UNIVERSIDADES TRADICIONALES las que, a partir de la década del 50, generan polémica o cuestionamiento sobre las concepciones cambiantes de las sociedades, como normalmente debía esperarse, sino que especialmente lo hacen organismos de investigación que, con el carácter de estudios superiores impulsan y descubren las nuevas concepciones que, puestas en el tapete, provocan el saludable efecto de la discusión que impulsa el cambio en las sociedades contemporáneas.

La idea de conformar institutos de estudios latinoamericanos, siguiendo el fundamento de similares organismos existentes en Europa y Estados Unidos de América, golpeaba permanentemente las puertas de las universidades tal como ocurrió en 1967 con la Universidad de la República, en Montevideo, Uruguay, donde exitosamente se realizó el primer seminario sobre lo que se denominó la búsqueda de una “Política Cultural Autónoma para América Latina” en donde, personalidades universitarias de importante valor investigativo como Darcy Riveiro y Sergio Bagú proponen las nuevas concepciones que tanto esperábamos los latinoamericanos.

Los aportes de aquellos institutos son fundamentales porque al finalizar el siglo se dispone de material suficiente como para facilitar un análisis, y su importancia seguirá siendo invaluable. Entre ellos, el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS), realizó en 1982 un Seminario titulado “Las políticas Económicas y las Perspectivas Democráticas en Améri-

ca Latina en los años 80” que contó con la presencia de dos sobresalientes representantes de lo que podría llamarse las nuevas teorías económicas contemporáneas, representadas en la neoclásica o neoliberal sustentada por la llamada “Escuela de Chicago”, de Arnold Harberger y la “estructuralista” basada en las nuevas propuestas de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) de Raúl Prebisch que también pusieron sobre el tapete los nuevos elementos para desentrañar el futuro.

En aquella ocasión en que Harberger propone la nueva Teoría del Desarrollo, Prebisch deja en claro que las nuevas teorías siguen prescindiendo de la estructura social, lo cual tiene “especial relevancia en la teoría de la división internacional del trabajo y en el fenómeno de la inflación social”. Los modelos tercermundistas, según Harberger, partieron de premisas ingenuas como aquella de pensar que “el gran factor restrictivo del desarrollo era la escasez de capitales en los países pobres, y que la productividad del trabajo era función exclusiva de los incrementos de la inversión en capitales fijos”, supuestos que debían ser reemplazados por la autoconfianza que invadió la propia mentalidad de los ahora países desarrollados. Harberger propone un nuevo enfoque que se centraliza en “desvincular el stock de capital existente de los aumentos en el producto” así como de que “el crecimiento de la fuerza laboral y de su aporte al producto” es tan importante como el propio crecimiento de la inversión en capitales. Su receta, si así se puede llamar a los ingredientes necesarios para el crecimiento, fueron:

- a) Elevar la calidad de la fuerza de trabajo mediante la educación y la capacitación.
- b) Reasignar recursos de actividades de baja productividad, a otras de alta productividad
- c) Explotar economías de escala, y
- d) Crear nuevas formas de combinar los recursos, no sólo al nivel tecnológico, sino también en la organización del trabajo, la distribución y el financiamiento.

Como es tan productivo e interesante hacer comparaciones, los ingredientes para crecer que propuso Michael Camdessus, Director del Fondo Monetario Internacional, en una conferencia dictada en Washington en enero de 1994, parangonando a Harberger, fueron los siguientes:

- a) Establecer una política macroeconómica acertada basada en una política monetaria antiinflacionaria, en una estrategia fiscal sostenible y en un tipo de cambio realista.
- b) Establecer una política estructural que permita crear un entorno basado en el mercado, y propicio para el crecimiento.
- c) Impulsar un tipo de cambio liberal que favorezcan al comercio y la inversión internacionales.
- d) Impulsar una política social imaginativa y dinámica, y
- e) Proponer la necesidad de un buen gobierno, que rinda cuenta pública de sus actos.

Podría afirmarse que hay coherencia entre una y otra receta, porque el fin de ambas es el mismo, y más aún, podría concluirse que analizado desde ese punto de vista, “la pobreza y el atraso de la mayoría de los países de lo que más tarde se llamó Tercer Mundo –según lo observa muy sarcásticamente Uslar Pietri–¹ se debían esencialmente a fallas en las técnicas de producción, de mercado y de estructura social, que podían ser corregidas por la aplicación de los sistemas que habían permitido el espectacular avance de los países desarrollados”.

En aquellas épocas en que las crisis capitalistas bregaban en todo su esplendor y en que las manifestaciones filosóficas debatían sobre la salida para responder a las necesidades humanas que en vez de facilitarse se agravaban, se cocinaba en la olla de presión de la historia la más importante manifestación dialéctica del siglo XX, que muy pronto estaba por explotar: La Globalización, tema éste que fue el codiciado “dorado” de un nuevo seminario de ILDIS en la ciudad de Quito en junio de 1999, ape-

nas a seis meses del nacimiento del tan esperado nuevo siglo. Para la fecha del primer Seminario de ILDIS, América Latina “se encontraba en una situación crítica, tanto en su estructura económica como social” en que imperaba “la disminución en las exportaciones, aumento de la deuda externa y el crecimiento económico se debilitaba notablemente” en una situación tremendamente igual a lo que sucedía para la fecha del segundo Seminario.

La globalización

Generalmente existe una conceptualización imprecisa de lo que es o pueda entenderse por Globalización, a pesar de que existe una amplia investigación y difusión sobre el tema.

El investigador y político Rodrigo Borja Cevallos², en su conferencia sustentada en el referido segundo Seminario titulado *El Reto de América Latina: El Desarrollo en la Globalización*³, al igual que lo hacen muchos analistas, partió de esta conceptualización imprecisa en su definición, atribuyéndole contenidos ideológicos similares a los del neoliberalismo, afirmando que la globalización difunde cuatro falacias tales como:

1. El libre mercado
2. El mercado como mecanismo eficiente para organizar la producción
3. La democracia y el mercado coincidentes en sus objetivos
4. Las grandes libertades humanas equiparables con la libertad de enriquecerse en los mercados abiertos

Estas características pueden atribuirse al neoliberalismo más no son las definiciones de la Globalización. Mas bien, Globalización es una etapa dialéctica tal cual lo fueron el Esclavismo, el Feudalismo y el Modernismo, en donde no se considera posiciones ideológicas sino simplemente, etapas históricas de la humanidad, que fueron buenas para unos y malas para otros.

Buenas para los que tenían “el sartén por el mango”, es decir, para quienes lideraban los procesos o detentaban el poder, y malas simplemente para quienes no poseían los recursos para dominar la situación. Y sin embargo, la humanidad avanzaba. Con la globalización, las cosas son similares añadiéndose a su condimento las características que le confiere la postmodernidad.

Se puede establecer dos puntos de vista de lo que es Globalización, y la conceptualización se vuelve ciertamente ideológica: Un punto de vista de los países desarrollados y otro de los países en vías de desarrollo o subdesarrollados.

Estructuralmente hablando, Globalización es lo que el norteamericano Paul Erdman, en su libro *¿Y después qué?* escrito en 1988 llama CONVERGENCIA, y Peter Drucker en su libro *La sociedad postcapitalista* escrito en 1993 llama TRANSNACIONALISMO, en donde el primero sólo la relaciona con la universalización de los negocios a través de las bolsas de valores lideradas por la Bolsa de Valores de Nueva York, mientras que el segundo le confiere cuatro características más precisas:

1. Que la inversión extranjera hace que el dinero no tenga patria, y es el fundamento para el desarrollo de los países
2. Que las telecomunicaciones son transnacionales y no tienen fronteras, transformándose en el fundamento básico de la nueva cultura mundial.
3. Que el control del Medio Ambiente, tan deteriorado en la actualidad por todos los países, sólo se logrará universalizando la protección ecológica a través de programas conjuntos de prevención.
4. Que la lucha contra el terrorismo mundial y el vandalismo tribal sólo tendrá éxito presentando un frente común, como se demostró en la Guerra del Golfo en 1991, y recientemente en los enfrentamientos raciales ocasionados con la división de Yugoeslavia.

Este sería el punto de vista de los países desarrollados. El punto de vista de los países menos desarrollados soslaya las cuatro definiciones antes indicadas y les confiere significaciones ideológicas tales como:

1. Que la inversión extranjera es un medio de dominación capitalista, y
2. Que la lucha unificada contra el terrorismo mundial es una forma de fomentar el colonialismo imperialista a través del armamentismo regional.

Le confiere además dos características adicionales que no dejan de ser menos ideológicas que las anteriores, tales como:

1. Que la deuda externa es una forma de globalizar la pobreza
2. Que la internacionalización de la violencia se compensa con la pérdida de soberanía de las naciones, por ejemplo, en la lucha contra el narcotráfico o el terrorismo.

Sin embargo, una de las más acertadas conceptualizaciones de la globalización se observa en la universalización de la crisis del capitalismo, a través de un sistema económico practicado por las propias naciones desarrolladas y subdesarrolladas, y cuyo detonante no sólo se origina en el mercado de importación o exportación, ni en la renegociación de la deuda externa, sino en la misma raíz del problema, esto es, en los inestables índices financieros de la Bolsa de Nueva York que ya fueron causantes de la Gran Depresión de 1929 y cuyos efectos devastadores se repitieron cabalísticamente a lo largo del siglo, pero en menor escala en 1987 en el llamado “lunes negro” o Pánico del 87, y cuyo descalabro afectó a todas las naciones del mundo durante la década siguiente, produciendo lo que Dominique Plihon y Francois Chénais llamaron “la crisis sistemática global”⁴. Y de aquí, obviamente, parte el análisis estructural del mejor concepto de globalización ante el cual, la humanidad no puede sustraerse por constituir un nuevo proceso dialéctico en marcha, conducente a lo planteado en el libro *El fin de la historia, ¿ficción o realidad?*⁵,

que lleva a la conformación de un nuevo orden mundial, no sólo de carácter comercial sino también moral.

El proceso globalizador, de acuerdo a los mejores planteamientos de los conferencistas del seminario antes referido, y por obra y gracia de quienes tienen “el sartén por el mango”, es denigrante, atosigante, depresivo, y sus características y condiciones no serán más que las que el resultado del enfrentamiento ideológico derechas-izquierdas le pueda conferir, pero es innegable que la humanidad enfrenta una sintomatología que bien vale la pena analizar.

El postmodernismo

Cuando el mundo comenzó vertiginosamente a transformarse desde los comienzos de la Revolución Industrial hasta mediados de los años 50 del presente siglo, ya se sospechaba que la humanidad había dejado los cánones de la racionalidad para pasar a una etapa de “ausencia de fundamento” que empezó a llamarse postmodernidad (Baudrillard), tal como Drucker o Grondona identifican en la era de fin de siglo al postcapitalismo o postliberalismo respectivamente. La postmodernidad “se constituye en la destrucción y desenmascaramiento de la razón ilustrada, y se presenta como un rechazo ontológico a la filosofía occidental”⁶, deviniendo como un proceso que genera “desconcierto y anonadamiento” dejando como herencia la conocida “brecha generacional” en donde las concepciones son paradójicas y traumatizantes, pero en donde la humanidad se acondiciona para aceptar la globalización.

Puede afirmarse que la postmodernidad es la cuna de la globalización, y que ésta, sin ser la última etapa de la evolución de la conciencia, es el paso previo al nuevo orden mundial, en donde definitivamente la humanidad llegará al fin de la historia dialéctica y al inicio de la nueva utopía, esto es, a una etapa más avanzada que por el momento no podemos definir.

Anteriormente el desentrañamiento de los condicionamientos filosóficos estaba en manos de la sociología y aún de la literatura. Hoy está en manos de la economía y de la ingeniería, y las demás disciplinas deben aportar el resultado del largo enfrentamiento ideológico entre derechas e izquierdas para encontrar el justo punto medio que salve a la humanidad no sólo de las continuas crisis del capitalismo, sino de los desequilibrios resultantes del largo enfrentamiento con el comunismo. Por ello es que hoy, todos hablan de que el sistema económico que vivimos ya no es capitalismo solamente, sino que estamos frente a un nuevo orden mundial⁷ aunque nadie aún haya propuesto –ni derechas ni izquierdas– cómo será ese nuevo orden al que se refieren. Nadie ve en la dialéctica de la historia que el Estado-nación tiende a extinguirse interna y externamente, tal cual lo planteó Engels cien años atrás, y que los líderes del proceso –hoy por hoy– ya no son los ideólogos de la época del postmodernismo sino aquellas naciones que trastrocadas en megaestados, están en capacidad de ver más adelante de lo que las subdesarrolladas pueden ver, porque el proceso dialéctico se repite a lo largo de la historia con increíble similitud.

¿Qué factores determinan que sean las naciones y los índices financieros manejados por las bolsas de valores de las principales ciudades del mundo los que determinan las características del proceso? La humanidad entera llegó a constituir un peligroso engranaje que hace que a estas alturas de la historia, ninguna nación esté fuera de él, y peor aún, que alguna nación quiera sustraerse de él. El comercio internacional, las comunicaciones satelitales, la cultura mundial, la concientización de proteger la ecología, etc., son una confirmación de aquello, y la experiencia histórica determina que las dos más importantes crisis del capitalismo que se dieron en el presente siglo (1929 y 1987) y que involucraron naciones e índices financieros, se iniciaron en las bolsas de valores y afectaron a todas las naciones del conglomerado global. El engranaje tiene –haciendo una buena comparación mecánica– un piñón motriz que se disloca cuando el motor pier-

de su frecuencia de giro, y el resto de piñones también se dislocan, poniendo en peligro el funcionamiento total del engranaje. ¿En dónde está el problema? De aquí parte, entonces, el principal significado de “globalización” que aunque en su comienzo sea un proceso avasallador, así lo diseñó la historia.

Se llegó a la época en que los liderazgos individuales tipo Napoleón, Hitler o Fidel Castro son reemplazados por el liderazgo global de aquellos megaestados que formando parte del piñón motriz del gran engranaje del sistema, nos conducirán de la mano a la constitución del nuevo orden internacional, bajo el nuevo esquema socioeconómico que se está fraguando.

El nuevo orden mundial

Más o menos a partir de 1990 se habla con mayor frecuencia que se está gestando este nuevo orden mundial al que nos referimos, que manejará las relaciones internacionales en el próximo siglo, y los teóricos postliberales delinean su perfil en base a los últimos acontecimientos mundiales en que se evidencia un proceso de reubicación de fuerzas económicas –ya no políticas ni militares– a partir del reordenamiento del sistema productivo mundial originado en los años 80, y que tomó cuerpo desde los 90 cuando aparecen claramente definidas las áreas asiática, norteamericana y europea pugnando por prevalecer. Este reordenamiento estaría sustentado en un proceso cíclico –más bien, determinista– que va cubriendo etapas o escalones, en donde el consumismo es el factor determinante. Pero es claro que el mundo no solo necesita para el próximo siglo, un nuevo orden comercial, constituido por bloques que aglutinen el mayor número de consumidores, sino que necesita un nuevo orden moral que paralelamente a la nueva visión de enfrentar los peligros que acechan sobre la estabilidad de la especie, establezca nuevas normas y procedimientos de conducta que aseguren y garanticen que en el próximo siglo se irán a superar estos problemas.

De hecho, no es sencillo arribar a ese nuevo tipo orden, pero es consolador que esté en marcha. ¿Qué tiempo demorará? ese es el gran interrogante. La humanidad está constituida por unos 6.000 millones de personas* reunidas en más de 100 naciones, en donde es evidente el desequilibrio existencial. Según una reciente publicación⁸ los países ricos constituyen el 20% de la población del globo y les corresponde el 78% del PIB mundial, mientras que los países pobres contienen el 80% de la población total y sólo les corresponde el 22% del PIB mundial. Los gastos de defensa militar, según otra publicación⁹, son de 800 mil millones de dólares, mientras que se requiere 40 mil millones para que todos los habitantes lleguen a la educación básica, alimentación adecuada, infraestructura sanitaria, etc., etc., en una abismal desproporción entre lo que debe invertirse y lo que se despilfarra. Estadísticas de esta naturaleza, que dejan en claro las más incomprensibles diferencias socioeconómicas de la época, o las más estúpidas aberraciones humanas, las encontramos hasta en la más insignificante publicación cultural, que dejan entrever los abismales desequilibrios a los que nos está conduciendo la globalización.

Pero el término no solamente significa “compartir la crisis” sino muy por el contrario, “globalizar el equilibrio”, porque paradójicamente, todos están de acuerdo –derechas e izquierdas– que la miseria, la “paz caliente” y el desequilibrio mundial no pueden continuar así, aunque el principal problema sea: ¿cómo lograrlo?⁹

Es evidente que “no podemos predecir el futuro pero sí prepararlo” afirman los más sensatos¹⁰. Pero muchos profetas o visionarios del nuevo siglo contradicen –quizá sin saberlo– la conformación del “nuevo orden mundial”, o posiblemente lo ven desde otro ángulo de vista, y lo hacen impelidos por el estimulante poder de las predicciones al azar, basados en la fantasía que provocan los descubrimientos de fin de siglo. Se habla de la clonación de seres humanos por simple competencia, de la conquis-

ta espacial con fines de explotación mineralógica o del desarrollo de la inteligencia desde el vientre materno, pero no se plantea cómo funcionará el “nuevo orden” para que todo esto pueda suceder. De ahí que es más importante evaluar, al estilo de Mayor y Bindé, las desastrosas condiciones en que queda el mundo al finalizar el siglo antes que especular con fines aterradores, aunque aterradora sea la realidad del Monde Nouveau que nos espera.

Las naciones ricas, líderes del proceso, (que les permite la delantera mas no la razón ni la incorruptibilidad), no irán de plano a redistribuir o a compartir la riqueza, a condonar deudas o a crear fondos para el desarrollo de las naciones pobres, como muchos piensen que deben hacerlo, sino que insistirán en el planteamiento de nuevas reglas de juego de cómo tiene que funcionar el esquema, luego de complicados procesos de revalidación en citas cumbre, entre los cuales se incluirá las correcciones de desbalances micro, tal cual está ocurriendo en la actualidad a través de frías e insensibles organizaciones como el FMI, basados en doctrinas recesivas y posiciones traumatizantes, para lo que tendrá que establecerse metas comunes que no signifique solamente superar las dificultades que tanto nos agobian, sino alcanzar la utopía que tanto pensamos que no se puede alcanzar. Pero, quienes señalamos con el dedo a los responsables, ¿no nos hemos puesto a pensar que organismos como el FMI no son culpables del histórico descalabro económico de nuestros países subdesarrollados?¹¹ ¿Tienen siquiera alguna oscura relación con los representantes de los sectores omnipresentes, que manejan las finanzas y las economías de nuestras naciones, como para pensar que protegen sus intereses? ¿No le hace bien a un país que algún impertinente, de vez en cuando le diga cuatro verdades, y le ponga coto a sus errores? Este es uno de los estigmas que inicialmente tendremos que vencer, y habrá que cambiar la estructura mental de nuestras concepciones para que podamos entender que este mundo nos pertenece a todos, y que es necesario cambiar de actitud antes de proceder a reunirnos para exponer las bases de nuestras ideas y buscar los puntos comunes para encontrar los

acuerdos. Si en definitiva logramos entender que ninguno de nosotros, ricos o pobres, negros o blancos, justos o injustos, no somos poseedores de la verdad ni logramos distinguir claramente entre el bien y el mal, sólo así podremos abrir nuestras conciencias y aceptar que el prójimo –al estilo cristiano– es perverso y bondadoso, pero nos está ofreciendo su lado bueno cuando pone el dedo sobre nuestra herida para que ésta no se siga desangrando, aunque el dolor no se calme de esta forma. ¿Podríamos tener un poco de confianza en el lobo, cuando éste lame, despiadado, nuestras heridas?

Equidad vs igualdad

¿Implica el “nuevo orden” equidad, o implica igualdad? ¿Es necesario redistribuir la riqueza para que haya justicia, o se debe mas bien redefinir los conceptos de libertad y democracia, con el fin de entender mejor la situación? ¿Hay que llegar a un justo medio, o el mundo debe marchar a la deriva sujeto a las condiciones de vaivén en donde la oferta y la demanda definirán cuál será el punto de equilibrio de las relaciones humanas? Y es aquí, entonces, donde tiene que establecerse quién tiene la razón, ya que el fin de siglo así lo exige, pues no bastarán las estadísticas ni el viejo concepto de que la historia nos absolverá. Ni siquiera el consenso mundial, ni el concepto de equidad e igualdad serán suficientes para definir quién tiene la razón.

Friedman nos recuerda con extremada precisión las diferencias y similitudes entre los conceptos de equidad e igualdad, en donde el primero reemplaza al que establece el viejo principio de “a cada uno según sus posibilidades, a cada uno según sus necesidades” de Marx, pero aclara que en la vida no hay equidad, y que precisamente hay que luchar para obtenerla.

A nuestro viejo concepto de que el hombre es bueno y malo por naturaleza, se suma ahora el de que las libertades que exige el sistema hacen que éste no sea equitativo y en consecuencia,

provoca que campee la injusticia social. Por ello, el instante en que el hombre se transforma en “civilizado”, deja de tener libertades y se aboca al mundo de las “convenciones”. El hombre tiene que convenir entre qué es bueno y qué es malo, qué es permitido y qué no lo es, al estilo de los viejos mandamientos religiosos, y cuando entonces logre establecer sus reglas de juego muy claramente, podrá conseguir la muy necesaria “justicia social” para que las relaciones entre seres humanos induzcan a la equidad. ¿Cuánto tiempo más llevará al hombre entender que su libertad tiene que ser condicionada, que el efecto de sus privilegios tienen que ser regulados, y que las válvulas de escape tienen que ser abiertas, so pena de que su espíritu aventurero desboque los controles y desequilibre el sistema?

Lo que realmente debe interesar no es redistribuir la riqueza en términos de ingresos promedios per cápita. Lo que interesa es crear mecanismos para permitir que eso realmente suceda, y el único método para lograrlo será redistribuyendo el poder. El acuerdo logrado entre los gobernantes y la población para facilitar el arribo al “nuevo orden moral”, no tendrá validez ni vigencia si primero no se redistribuye el poder, ya que “población” es un término demasiado difuso, y el poder no radica en ella en el sentido en que hoy está siendo entendido, sino en los grupos que han logrado sostenerse en él para usufructuarlo, esto es, en industriales, comerciantes, inversionistas, sindicatos, y últimamente en los profesionales, esto es, en los que tienen el poder del conocimiento en sus manos, con cuya varita mágica serán partícipes de la riqueza que produce la sociedad de consumo, hasta que éste sea regulado con fines de equilibrio.

¿Será factible que el reordenamiento de los mercados de consumo, abatidos por la despiadada competencia de las naciones industrializadas, considere entre sus posibilidades, la de establecer un factor de equidad mundial que tome en cuenta que no todos los mercados de este tipo son iguales, pero que sin embargo, toda la población del planeta tiene que alimentarse? Si la ve-

mos de una manera antideterminista, las naciones con mayor poder comercial también desarrollan un tremendo esfuerzo por superar la crisis y por no verse involucradas en ellas, y sería injusto no reconocer que los países ricos también se ven presionados por hallar una solución global a la grave situación socioeconómica que impera a fines de milenio porque todos estamos inmersos en las trampas de la globalización. Los compromisos que puedan obtenerse en conferencias de alta envergadura como la Cumbre Mundial para el Desarrollo Social de Copenhague (1995) son posibilidades que deben ser explotadas por todos, y paralelamente debe mantenerse la credibilidad de una población que exige soluciones ya que desconfía enormemente de sus gobernantes.

Notas

- 1 *El desarrollo de hoy*. A. Uslar Pietri. El Comercio, abril 03/94
- 2 Ex-presidente de Ecuador, período 1988-92.
- 3 Seminario organizado por la Fundación ILDIS, socialdemócrata, a fines de junio de 1999 en Quito.
- 4 *Une crise systémique globale*. Oc/98.
- 5 Fielden Torres. Editorial ABYA YALA, 1998.
- 6 Julio Echeverría. *Las distintas caras de la sociedad postmoderna*. El Comercio, 26 de Dbcre./93.
- 7 “Hemos escuchado reiterados llamados a construir un nuevo orden mundial, pero no nos engañemos: ese orden será invariable sin un nuevo consenso ético y moral entre las naciones” Eduardo Frei, Reunión Cumbre de la ONU para el Desarrollo Social, Marzo de 1995.
- * “Harían falta tres planetas Tierra para albergar a toda la población, si todos siguiéramos el ritmo de consumo actual de Norteamérica”. Un Monde Nouveau.
- 8 *La Educación Superior Latinoamericana frente a las Reglas del Juego del Siglo XXI*, Dr. Francisco José Mojica, Mayo/99, Quito.
- 9 *The World Ahead: Our Future in the Making* (Un Monde Nouveau) F. Mayor y J. Bindé.
- 10 “Lo que me pregunto es: para qué servirá todo esto?”. Mitterrand en su discurso de inauguración de la Cumbre de la ONU, 1995.
- 11 Algunas opiniones importantes sobre el FMI se publican en Revista Diner’s No. 208, Ecuador, tales como las siguientes: “Al plantear modelos ortodoxos, el FMI desestima las micro-realidades económicas de los sectores de

menos ingresos”, L. Roldós, Rector de la U. Estatal de Gquil., ex-vicepresidente del Ecuador. “Es el brazo fundamentalista del terrorismo económico, que por imponer sus políticas erróneas nos ha sumido en la mayor pobreza”, N. Pacari, Vicepresidenta del Congreso, líder del partido Pachacutic, Ecuador. “Tiene absoluta desconexión con la realidad social latinoamericana, a punto de estallar también en la cara de los acreedores”, H. Moeller, Presidente del Parlamento Andino, Diputado por el partido social cristiano, ex-presidente del Congreso, Ecuador.

Además, las encuestas señalan (de acuerdo a la orientación que ellas proponen) que el FMI ha sido más malo (66,35%) que bueno (28,61%) con el Ecuador.

II. DIALÉCTICA DE LA CRISIS

Origen de la crisis

LOS PRINCIPALES IDEÓLOGOS de las posiciones de izquierda consideran que, siendo los Estados Unidos de Norteamérica el prototipo y el mejor representante de las naciones capitalistas del mundo, bien puede considerarse como el responsable nato de las crisis que continuamente nos agobian, no porque refleje globalmente los efectos de ellas, sino porque su política hacia las demás naciones sustancialmente ha sido imperialista y avasalladora, que serían las razones básicas para el origen de la crisis.

La respuesta puede ser sí y no simultáneamente, de acuerdo al ángulo en que se lo mire, por lo que bien vale la pena posicionarse antes de tomar una decisión irrazonable que solamente podría ser descalificada por las enseñanzas de la historia.

Cuando los Estados Unidos de Norteamérica declararon su independencia el 4 de julio de 1776, llamaron a su país Estados Unidos de América considerando que su intención inicial era mantener unidos a los 13 estados de ultramar agrupados en la vertiente atlántica, al Este de Norteamérica, antes pertenecientes a la Corona Inglesa, siendo su gentilicio en español “norteamericanos” y en inglés “americans” solamente.

A partir de ese año, y sin la carga administrativa y tributaria inglesa, que significaba sometimiento e imposición, su prosperidad fue manifiesta así como su impresionante expansión continental en todo aquel territorio que hoy se conoce como estadounidense, integrando 50 estados con diferentes potencialidades económicas y naturales, que lo llevaron a su indiscutible

prosperidad, tornándose muy pronto en la nación más poderosa de América y el Mundo.

Muchos otros estados del sur del Río Grande tales como México, Brasil y Argentina se constituyeron, al igual que lo hizo Estados Unidos, en enormes agrupaciones territoriales y sin embargo, no lograron captar su visión futurista, sino que en primera instancia, se quedaron rezagadas, al igual que todas las naciones latinoamericanas, en el conocido mundo subdesarrollado.

Dadas sus características iniciales (en EUA no hubo mestizaje ni saqueo imperial, aunque sí una buena dosis de esclavitud), y luego de ingresar al proceso histórico impulsado por la revolución industrial, a finales del siglo XIX se tornan imperialistas y se enfrentan con los países europeos y Japón, a la competencia mundial por la constitución de compañías monopólicas que inician la consolidación del sistema capitalista liberal, materializando en la práctica, las concepciones ideológicas de Adam Smith, David Ricardo, John M. Keynes, y del propio Carlos Marx, que establecen desde distintos puntos de vista, las leyes de la oferta y la demanda, en torno a lo cual giraría la humanidad del próximo siglo.

A estas alturas, muy pronto se empieza a definir el esquema geopolítico que predominaría en el siglo XX, aunque hechos tales como la Revolución Rusa, Primera y Segunda Guerras Mundiales, las guerras de Vietnam y del Golfo y la caída de la URSS provocan irremediables traumas en la concepción filosófica de la economía global, que antes de iniciar el siglo XXI nos encontramos frente a irremediables problemas por constituir el nuevo orden mundial, que sólo con una redefinición y reinterpretación de la nueva ideología global se podrá sacar adelante a la pobre humanidad.

En todos estos casos, y en muchos más de los que se pueda imaginar, los EUA juegan un papel preponderante constituyéndose muy pronto, en el enemigo número uno de marxistas, so-

cialistas, socialdemócratas e incluso de agrupaciones religiosas, y más aún de intelectuales, artistas y bohemios, que de una u otra manera influían en el desarrollo sociopolítico y cultural de todas las naciones del mundo, tanto que se llega a fabricar un prototipo de individuo especialmente mestizo, llamado “revolucionario”, que se opone a todo lo que Norteamérica representa, y que se constituye, desde mediados de siglo, en el eje cultural de Latinoamérica. Y si bien EUA es el prototipo del megaestado imperialista, fabricante espectacular de fantasías y de hostigamiento capitalista, no es en cambio el único generador de la crisis ni el representante nato del sistema especialmente en una época en que ya todos lo aceptan, y su nombre ya no es enervante repetir. Quien fue realmente responsable es otro, y no se encuentra ni siquiera escondido como pensamos que podría estar. Se originó en los albores de la humanidad, cuando algún inteligente comerciante de proyecciones futuristas lo inventó, y pronto se tornó en uno de los mayores males de todos los males hasta ahora conocidos por el hombre, y acéptese o no, aparece en todas las etapas de nuestras existencias (en la vida y en la muerte) y de las naciones, causa los déficits fiscales, las inflaciones, los altos intereses, las quiebras financieras y en definitiva la riqueza y la pobreza, la ambición y el despecho, la miseria y la injusticia. ¿No es quizá contra él que debemos apuntar toda nuestra débil artillería de manera que lo liquidemos y lo reemplacemos por algo que realmente elimine toda esa enorme estupidez contemporánea de prestarle veneración, y que sea de incuestionable utilidad a la población humana?

En estas circunstancias, ¿cuán responsables de las crisis que el sistema indujo hacia las demás naciones del mundo son los Estados Unidos de Norteamérica, y cuán responsables las demás naciones imperialistas como Japón, la Comunidad Europea y otras, si son ellos los que tienen “el sartén por el mango” y devienen como líderes del proceso?

Cualquiera que eche una ojeada a la historia del presente siglo coincidirá con nosotros que son muchísimos los factores o variables que habría que tomar en cuenta para elaborar un índice mundial de crisis que nos sirva para diferenciar cuáles naciones están en peores condiciones que otras. Es fácil de plano, echarle la culpa al capitalismo y a sus principales representantes porque la humanidad se desarrolló bajo su esquema, pero ¿qué factores contribuyen directamente para que el esquema capitalista esté permanentemente en crisis? Todos sabemos que los índices financieros no son autogestionarios sino que están afectados de la influencia humana, y ésta a su vez es afectada por las políticas que los gobernantes manipulan constantemente, de acuerdo a los intereses que más les convenga para alcanzar el fin determinado que se proponen. Bajo esta premisa, investigar el origen de la crisis con el fin de establecer un índice de apreciación es poco menos que imposible, por lo que es preferible investigar sólo su trayectoria, como lo hizo el PNUD en 1990, para ayudar a establecer correctivos, aunque sobre ellos prevalezca el denigrante concepto de que “el fin justifica los medios”.

También podría decirse de plano que la globalización es otra responsable directa del desajuste econométrico mundial ya que el resultado de la crisis de una nación líder se propaga como pólvora hacia las otras naciones especialmente subdesarrolladas, provocando los primeros desequilibrios manifestados en los incrementos de las tasas de interés, en la baja de valoración de acciones, en la disminución del monto de las inversiones, en los incrementos de las inflaciones parciales, en la disminución del costo de las materias primas, y como consecuencia final, en el incremento de los déficits fiscales, desempleo o recesiones. ¿Es que el sistema capitalista no se estabilizará jamás?

Talvez si sólo uno de estos factores logre ser controlado, sea posible controlar los demás, y con ello, sea posible también controlar las crisis. La Organización de Naciones Unidas demoró diez años en confeccionar un índice de desarrollo humano que

no sólo se basa en el Producto Interno Bruto que es la consecuencia de una gestión gubernamental, sino que considera factores tradicionales que normalmente son pasados por alto, tales como esperanza de vida, mortalidad infantil, nutrición, acceso al agua potable, alfabetización, años de escolarización, PIB e ingreso por habitante, que son factores que los gobernantes no tienen ni siquiera en mente.

Según este índice que se publicó por primera vez en septiembre de 1998, existen 77 países calificados “en vías de desarrollo” con una población de 4.400 millones de personas en donde 2.600 millones no tienen infraestructura sanitaria, 1.400 millones no tienen agua potable, 1.100 millones no tienen vivienda, y 880 millones no tienen acceso a servicios modernos de salud. En este esquema, en donde los países más desarrollados no sufren de las deficiencias antes indicadas, lo único que se llega a determinar es que existe un injusto reparto de riqueza, y que es necesario definir nuevas políticas de desarrollo que, aunque contengan un alto grado de lirismo, darán la pauta para que los gobernantes busquen vías concretas de solución.

Las crisis como factor dialéctico

¿Cuál es el significado o cuál la acepción más completa del término “crisis”? ¿Cómo vemos los individuos de fin de siglo este concepto y cómo lo vieron los individuos de comienzos de siglo? ¿Qué variaciones adicionales o qué argumentos posteriores pudieron haberse añadido a su contenido para que lo transformemos en un término tan común en nuestras existencias? Una crisis puede definirse como escasez o carestía, pero nuestro interés se refiere a crisis de producción o económicas en donde se interpreta como un “fenómeno económico constante en el desequilibrio entre la producción y el consumo”. Además, en un sentido más estricto, la crisis es el “punto más alto del ciclo económico, en el que termina la fase de expansión y se inicia la de depresión”. Así mismo, “se opone a ‘reanimación’ (que es) el punto

más bajo del ciclo. De hecho, el término crisis se utiliza corrientemente para designar la fase de depresión en su conjunto, en una de las grandes amenazas que pesan sobre los países capitalistas”.¹

En este esquema del concepto de crisis, ¿quién diría que se necesita que haya contrarios para poder obtener respuesta a una acción determinada? Bueno y malo, justo e injusto, rico y pobre, grande y pequeño, todo eso se requiere en buena medida para que marche la historia, en cuyo enfrentamiento se tiende a buscar el frágil equilibrio, caso contrario, si el equilibrio fuese completo se correría el peligro de tener un Edén perfecto sin evolución ni contradicción, o una naturaleza muerta donde la vida no tiene participación alguna. ¿Significa esto que estamos condenados al sufrimiento de Prometeo, o alguna vez podremos gozar de la paz y la suficiencia eterna que nos gratifique en vida lo que sólo se conseguirá con la muerte?

Eso es dialéctica y ese es el factor fundamental de la existencia humana, de ahí que las crisis del sistema capitalista jamás podrán desaparecer aunque sí transformarse o influir lo suficiente para que otras cosas se transformen. Y eso es lo que ha pasado en la historia. Gracias a las permanentes crisis, el sistema capitalista evolucionó notablemente, y el momento en que se supera una dosis de crisis, aparece otra con nuevas características que tarde o temprano dejará nuevas lecciones para seguir adelante. Debemos aceptarlo y enfrentarlo, pero lo que no podemos pasar por alto es la lección que nos deja para el futuro, lo que significa que una situación particular errónea no debe repetirse jamás. De ahí que es importante repasar las crisis del sistema, no sólo para encontrar al responsable de ellas, sino para restablecer el precario equilibrio que el Prometeo moderno necesita para poder subsistir.

Las crisis, tal como son concebidas a finales de siglo, necesitaron de mucho tiempo para evolucionar y para producir un

cambio, y luego de transcurridos cien años de historia, se evidenciaron en el transcurso de los hechos, de manera que hasta podemos identificar sus características e intentar “predecir” lo que podría suceder en el próximo siglo.

El siglo XX fue el resultado de muchos factores que condujeron a la humanidad a colocarse al borde de su autodestrucción, pero que dejan ver claramente que, en un proceso de continuidad, sólo hay dos caminos que establecerán las condiciones del éxito o del fracaso que se pueda tener en el futuro: establecer un nuevo orden mundial o continuar el esquema de izquierdas y derechas que fue desenmascarado en 1989 y que pugna por subsistir en algo así como una burda representación de los que se creen los buenos contra los malos y viceversa.

La crisis global de fin de siglo sólo es el resultado de crisis parciales de distinta índole que fueron aportando puntos para que el capitalismo evolucione y llegue al sitio en que se encuentra hoy, y si especulamos un poco, podemos considerar que la primera gran crisis del siglo se inició con la revolución rusa, cuya función sería la de sembrar el bipolarismo ideológico mundial que trajo tanto daño pero que tuvo una influencia decisiva como madre de todas las crisis. Luego la segunda gran crisis se manifiesta con la segunda guerra mundial que resquebraja geopolíticamente al planeta, y que también tiene una fuerza devastadora, pero que da origen a nuevas perspectivas en el desarrollo mundial. Por su lado, la crisis de la bolsa de Nueva York es otro factor que anuncia la importancia que tendrá el desborde de la especulación financiera que será el motivo para destruir el Estado-nación y ser reemplazado por el poder de las transnacionales, y finalmente, la crisis del petróleo identificado en la crisis de la deuda externa, remata el panorama que conjuntamente no podrá ser solucionado, a pesar de que ya es factible plantear una nueva teoría que vislumbre la salida que con tanta urgencia se necesita.

Debido a la condición histórica de las crisis antes señaladas, éstas serán abordadas parcialmente con el fin de plantear, como se había anunciado anteriormente, un esquema economicista de análisis, por lo que originalmente lo veremos en ese sentido.

1. La crisis de 1900

El siglo XX inició su curso con un mapa mundi aún no definido, en donde África y el resto del mundo se reflejaban retaceados por las naciones imperialistas claramente identificados como Estados Unidos de América, Europa, y en menor escala como Rusia y Japón. El continente americano, a excepción de Canadá y Groenlandia, eran reserva exclusiva de Estados Unidos, a más de una serie de islas en el Pacífico y el Caribe, que determinaban la posición estratégica militar norteamericana más importante para establecer intervenciones, posesiones e influencias en el futuro, que los transformó en la potencia mundial, como se presentan hoy. Todo lo demás se asemejaba a un inmenso rompecabezas cuya finalidad sería originar puntos de influencia para la obtención de recursos e inversiones de la futura expansión mundial del capitalismo, en donde no estaría lejana toda la trayectoria histórica para conformar la definitiva organización geopolítica del presente siglo.

Los Estados Unidos inician la centuria con la denominada política del “gran garrote” del Presidente Roosevelt, y el resto del mundo se inicia con las luchas independentistas de los países sojuzgados que pronto conducen a interminables enfrentamientos que serán la tónica política más importante del siglo XX, y que es uno de los factores que más aportará en las futuras crisis porque van transformando el esquema monopólico en globalizador, y van predeterminando una dialéctica que, a menos hasta fines de siglo, no logra ser suficientemente interpretada como para llegar a establecer el fin y los medios de la situación mundial.

Sin embargo, sin ser la primera ni la más importante pero sí la más representativa para iniciar el siglo XX, en la crisis económica de 1900 no había aún exclusividad norteamericana, sino que fue la más clara expresión de consolidación del imperialismo mundial, cuando las pequeñas empresas europeas tuvieron que sucumbir ante la conformación de los carteles monopólicos alemanes, japoneses y norteamericanos, que venían a reforzar la nueva etapa del capitalismo.

“La crisis de 1900 se produjo, a decir de Jeidels², en un momento en que, al lado de gigantescas empresas en las ramas principales de la industria, existían todavía muchos establecimientos con una organización anticuada, según el criterio actual. Establecimientos ‘simples’ (esto es, no asociados), que se habían elevado sobre la oleada del auge industrial. La baja de los precios y la disminución de la demanda llevaron a esas empresas ‘simples’ a una situación calamitosa que, o no conocieron en absoluto las gigantescas empresas combinadas, o (que) sólo conocieron durante un brevísimo período. Como consecuencia de esto, la crisis de 1900 determinó la concentración de la industria en proporciones incomparablemente mayores que la de 1873, la cual había efectuado también una cierta selección de las mejores empresas, aunque, dado el nivel técnico de entonces, esta selección no pudo conducir al monopolio de las empresas que habían sabido salir victoriosas de la crisis”. Este factor dejó lecciones a nivel mundial, y en los Estados Unidos se manifestó 20 años después (1920) con la aguerrida fusión de empresas que trajo como consecuencia una desmedida concentración de la riqueza, provocando la siguiente crisis del sistema, manifestada en la Gran Depresión de 1929.

Algo similar volvió a repetirse aproximadamente desde 1980 cuando se inician los despidos masivos de trabajadores en aquellas grandes empresas monopólicas que, debido al efecto global de la crisis, las pérdidas de utilidades obligan a las empresas a buscar mejor eficiencia con menor número de trabajadores.

Pero en aquella época (1900), junto al aparecimiento de esta crisis empieza a consolidarse el sistema bancario de los países desarrollados, y el capital financiero comienza a jugar un nuevo rol, determinándose el nacimiento del factor más importante para las futuras crisis del sistema capitalista, en plena etapa de expansión.

Anteriormente a 1900, las crisis se repetían paulatinamente en los nacientes países imperialistas, pero eran casi independientes unas de otras, tanto así que los economistas de la época no las relacionan entre sí por la sencilla razón de que no se establecía aún el vínculo entre ellos al concertar por ejemplo una “divisa de reserva”³ como se lo hace a partir de 1944.

2. La crisis de 1929

La apreciación de la historia del siglo XX puede tener dos puntos de vista fundamentales que modifican sensiblemente las conclusiones a las que se pueda llegar respecto a buscar el responsable de las crisis del capitalismo. Uno es siguiendo un proceso historiográfico de la conformación de imperios en donde el imperio alemán, encabezado por Hitler es el último exponente de este tipo de procesos, y otro es el punto de vista economicista que es al que se refieren las concepciones modernas, y es el que permanentemente va a estar vigilando a la historiografía que además se torna pintoresca y atractiva porque hace constante referencia a temas más asequibles tales como armamentismo y enfrentamientos regionales, que atraen poderosamente la atención.

Hasta 1929, que es la fecha de partida de una de las más importantes crisis capitalistas del presente siglo, el mundo había sobrevivido a conflictos demasiado traumatizantes como la primera guerra mundial y el triunfo de la revolución rusa que marcó definitivamente lo que sería el siglo XX, imponiendo para el futuro la presencia constante del armamentismo como factor principal para proteger el desarrollo del capitalismo, y la sustitución

de ellos (de ese tipo de conflictos) por la permanente amenaza del comunismo para enfrentar un esquema que tanto trabajo costó imponer, y que duraría hasta la caída del Muro de Berlín. Por otro lado, la segunda guerra mundial, que es una continuación de la primera, tornó la concepción historiográfica de imperial a imperialista, y finalmente la historiografía se funde al economicismo.

En este esquema, ¿fueron los EUA el país predestinado a liderar el capitalismo porque se constituyeron en los grandes visionarios de la historia, y generaron sin cesar, políticas económicas innovadoras, o porque, en las ocasiones más propicias supieron acaparar grandes riquezas que a la postre los convirtieron en poderosos? Tal parece que la segunda opción es la más apropiada ya que, durante la Primera Guerra Mundial se convirtieron en los financistas de los países aliados (Inglaterra, Francia, Rusia, Bélgica y Serbia), y como buenos comerciantes supieron poner de por medio la provisión de alimentos y pertrechos de su propio territorio, lo que aseguraría el retorno a su país, del dinero prestado, a lo que se suma la competencia mundial por mantener colonias al estilo de la más pura conquista del nuevo mundo. Lo que viene luego de 1929 se les puede cargar a su absoluta responsabilidad, motivo por el cual, se supone, se transformaron de simples competidores militares en la Primera Guerra Mundial, como lo eran las demás naciones, a líderes económicos luego de la Segunda Guerra Mundial, y de ahí, razonablemente en líderes militares, o primera potencia mundial en armas, como lo son en la actualidad.

Los Estados Unidos comienzan a jugar el papel preponderante que les asignó la historia, y desde ahí en adelante, son los responsables directos de todo lo que sucede en el globo, por lo que el esquema podría empezar a llamarse “globalización”, y los factores mundiales de análisis conducen desde entonces a verificar qué hace este país para poder tomar decisiones de control y desarrollo. “La depresión de los años treinta, dice Ravi Batra⁴,

fue un hecho de alcance mundial que, de una u otra manera, atrapó a Norteamérica, a Europa y al Tercer Mundo. En algunos países europeos, en realidad, la crisis se había anticipado a 1926, aunque el colapso no llegó hasta 1929”, y este inesperado hecho se originó en la Bolsa de Valores de Nueva York provocando la inmediata quiebra masiva de bancos, empresas y ahorristas de los cuales, muchos de ellos tomaron el camino del suicidio, en “un desastre económico sin precedentes que conmvió a la civilización occidental hasta sus mismos fundamentos”⁴. Y todo ello coincidía, concluye Batra, con la época en que la renta per cápita de la nación (americana) llegaba a su nivel más alto de la historia.

¿Quién diría que la concentración de la riqueza provoca más bien una depresión antes que un sostenido éxito futuro? Pero por ahora, ¡qué importa el análisis econométrico si lo que nos interesa es el precedente histórico! Este inconmensurable trance mundial se generó en Estados Unidos como una resaca a la crisis de 1920 producto de la crisis de 1900, y hasta fines de la década, todas las naciones imperialistas en constante formación, atraviesan por crisis similares, que se constituyen en el tributo que tienen que pagar para consolidar sus importantes posiciones en el esquema mundial como líderes del proceso.

Paralelamente a la Gran Guerra, en el interior de Rusia se producían graves conflictos originados aproximadamente en 1905, que desembocaron en la Revolución de Octubre de 1917, cuando aún la guerra no había terminado, lo que condujo a su separación unilateral del bloque aliado, el 3 de marzo de 1918 con un claro perjuicio para las demás naciones, aunque en agosto del mismo año, los alemanes son derrotados en Marne, y hasta septiembre solicitan el armisticio. Los Estados Unidos participaron en la guerra desde abril de 1917 pero sus territorios no sufrieron la devastación que sufrió Europa, constituyéndose en un beneficio que determina su clara etapa de ascenso hacia el primer lugar del imperialismo mundial.

Durante todo ese período hasta 1930, Gran Bretaña, Francia, Alemania y la Europa Central atraviesan por difíciles trances económicos, como desempleo en Inglaterra, desvalorización monetaria en Francia, e hiperinflación en Alemania, mientras que por su lado, los países del mundo subdesarrollado ni siquiera logran plegar a la revolución industrial ya que su constitución se manifestaba de tipo semicolonial, latifundista, agrícola y caudillesco que les obligó a quedarse atrás en el tren de la historia.

La gravedad de la crisis es como una gran olla infernal en cuyo interior se cuecen diablos y culebras que reverberan de una manera horripilante. “La depresión ayudó a Hitler a alcanzar el poder (en Alemania), dice Friedman⁵, allanando el camino a la Segunda Guerra Mundial. En el Japón reforzó la camarilla militar que se esforzaba en la creación de una zona de prosperidad en toda el Asia Oriental. En China condujo a cambios monetarios que aceleraron la última hiperinflación que sentenció la caída del régimen de Chiang Kai-shek e iba a conducir a los comunistas al poder”.

Pero no sólo tuvo consecuencias políticas, sino que el engranaje económico comienza a hilvanarse con las teorías alternativas de Keynes que producen uno de los más importantes factores dialécticos del sistema: el Estado intervencionista, que viene a constituir una de las más connotadas herramientas de la política norteamericana para adentro y para afuera de su territorio, con la relevancia que se dio al sistema de la Reserva Federal (Fed, creado en 1914) y el control del tipo de cambio de las monedas extranjeras. “La depresión se extendió, afirma Friedman, de los Estados Unidos al resto del mundo y no a la inversa” basado en el hecho técnico del movimiento del oro. Si la depresión hubiera empezado en el exterior, se habría manifestado una salida de oro de América que habría reducido las reservas del sistema Federal, pero el hecho concluyente es que “la cantidad de oro en manos de los Estados Unidos aumentó desde agosto de 1929 a agosto de 1931”. Se había iniciado así la globalización del sistema

financiero mundial, y los Estados Unidos empezaron su inacabable liderazgo que no terminaría en el presente siglo.

3. La crisis de 1987

1987 es un año clave en la evaluación economicista de la humanidad, porque, a más de confirmar el efecto global de la economía mundial, confirma también el determinismo dialéctico de la repetitividad frecuencial de las crisis mediante la cual, los estudiosos podrían predecir con mayor exactitud, las condiciones en que se puede presentar la próxima crisis, y aún señalar el país en que pueda originarse.

En esta ocasión –década del 80– haciendo gala de nuestra anterior aseveración, no faltaron las opiniones de expertos que lanzaron su voz de alerta previo a producirse la crisis, a dos de los cuales se los puede citar al azar, por sus invalores conceptos sobre el tema: Paul Erdman y Ravi Batra, cuyas opiniones son suficientemente claras para el propósito de confirmar algunas aseveraciones efectuadas en el presente texto.

Paul Erdman, economista norteamericano que a la fecha (1987) tenía 55 años, fue Consultor de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, CECA⁶, Vicepresidente de importantes empresas inversoras de EUA, y connotado escritor de análisis financiero y autor de novelas relacionadas al mundo de las finanzas, temas que, según se puede notar, le apasionan intensamente, tenía sus propias opiniones.

A pesar de haber escrito varios libros, uno de ellos es especialmente atractivo en este tema⁷ en el que, luego de la crisis del 87, que desgraciadamente no fue vista por él como la segunda gran crisis financiera del siglo, predijo que en 1989 se iba a producir el verdadero sacudón inversionista nunca antes visto en la historia. Y en realidad no excedió las apreciaciones, pues las crisis financieras, en adelante, muy difícilmente se desprenderían del

vocabulario de los gobernantes de todo el mundo. Ravi Batra, el segundo personaje que traemos a colación, tampoco se excedió en predecir la nueva crisis, pero la postergó a 1990 en su libro *La Gran Depresión de 1990*, y predijo que continuaría la dificultad mundial. Sin embargo, la crisis a la que se refiere la historia, ya se había producido y los profetas de la economía pensaban que algo peor estaba por ocurrir, aunque las consecuencias de ella no fueron de efecto inmediato, como solía ocurrir en otros casos, sino que los países del orbe la empezaron a sentir pocos años después, con resultados nefastos en su economía, entre los que se apuntan países como México, Brasil o Rusia, y en la que destaca la conocida crisis de los países asiáticos.

Notas

- 1 Enciclopedia Lexis 22.
- 2 Jeidels, citado por Lenin en su libro *El Imperialismo, fase superior del Capitalismo*.
- 3 Divisa de reserva o moneda base es la que utilizan todas las naciones del mundo para sus intercambios comerciales.
- 4 *La Gran Depresión de 1990*, Ravi Batra.
- 5 *Libertad de Elegir*, Milton y Rose Friedman.
- 6 CEECA, organización fundada en 1957 según el Tratado de Roma, se ideó en Europa con el fin de formar un frente común para salir de la recesión económica de la postguerra, y debido a su éxito, dio origen a la Comunidad Económica Europea, CEE.
- 7 *¿Y después qué?*, Paul Erdman.

III. LA CRISIS PERMANENTE

La crisis permanente

TERMINADA LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL, Europa quedó en ruinas, dándose pábulo a la agitación social de distinto origen, pero impulsada principalmente por la Revolución Rusa, lo cual no condujo a su recuperación racional, sino más bien, a su constante deterioro. De esta forma, Alemania produjo el Partido Obrero Alemán que desembocó en el Partido Nacional Socialista Obrero Alemán de Hitler, Italia dio origen al Partido Fascista de Mussolini, y Japón, a la sombra de Alemania, no generó un partido populista, pero inició una política agresiva expansionista que “absorbía” todo lo que estaba a su paso, completando una trilogía de países responsables de alimentar el anticristo, abriendo el camino para una nueva y más agresiva conflagración global que se inicia en septiembre de 1939 y finaliza en mayo de 1945: la Segunda Guerra Mundial.

Este nuevo enfrentamiento se muestra como un inesperado hito en la historia, y su importancia dialéctica reside en haber dividido políticamente al mundo en el bloque occidental o capitalista, y en el bloque soviético o comunista, agilitando la conformación del “aborto” de todo este proceso denominado Tercer Mundo, en cuyo interior se congregaban todas aquellas naciones que recién obtenían su independencia, más aquellas que, no estando en Europa, constituían el mundo subdesarrollado a la sombra de Norteamérica. Las futuras crisis capitalistas, sin perder su verdadera importancia, son permanentes aunque no se revisten de la significación que tuvo la de 1929 ni la que posteriormente tuvo la de 1987, según lo planteamos en el capítulo ante-

rior. Mas bien, las siguientes crisis son provocadas por factores que pueden considerarse consecuencias deterministas, y contribuyen enormemente a la dialéctica de la historia. Ellas son las crisis del petróleo y la crisis de la deuda externa, en cuyo origen no tienen participación directa los Estados Unidos, pero se ve involucrado en ellas por su calidad de aglutinador de las fuerzas e ideología del mundo capitalista.

A partir de esas fechas (1945), el avance científico y tecnológico es impresionante, a tal punto que llega a afirmarse que el mundo tuvo más cambios en el último siglo antes que en el último milenio, y derrotado el “penúltimo anticristo”, se nota un claro avance de reordenamiento de la política mundial en donde China concluye en 1949 su proceso liberador con la renuncia de Chiang Kai-shek, y el ascenso de Mao Tse-tung, conformando la República Popular de China, independiente del bloque soviético, y España consolida su democracia hasta 1975, luego de un largo y sangriento proceso que se inició en 1936 con la guerra civil española que significó un enfrentamiento entre comunistas y fascistas, y que fue coronado con 35 años de dictadura del General Francisco Franco, en cuyo poder perduraría hasta su muerte. En adelante el cuadro sociopolítico mundial se empaña constantemente con las guerrillas revolucionarias de Asia, África y América Latina, en donde se sucede un desafortunado desperdicio de vidas humanas tras una utopía irreconciliable que no logra ser transpuesta en la historia sino hasta la caída del Muro de Berlín cuando pomposamente se anuncia “la muerte de las ideologías”.

Al gestarse la globalización financiera desde 1929, las crisis capitalistas eran el pan de cada día, pues no es posible imaginar un cuadro estabilizador de las finanzas mundiales con tal cantidad de desajustes políticos alrededor del mundo, pero es una etapa en donde se ensayan y se crean nuevos parámetros de control, que en su conjunto van sembrando el determinismo que servirá para que la humanidad transponga la utopía.

Parece que en esa época a los EUA poco le importaba, políticamente hablando, lo que hacían las naciones europeas desde 1930 en adelante. Poco le importaba lo que hacía Japón y aún poco le importaba los macabros planes de Hitler por dominar Europa. Estados Unidos llegó atrasado a la Primera Guerra Mundial y también llegó atrasado a la Segunda, si no hubiese sido porque Japón invadió Pearl Harbor. Estaba profundamente consternado por los efectos de la Gran Depresión de 1929, y sus gobernantes, al igual que lo haría un gobernante latinoamericano de 1980 en adelante, estaban preocupados en controlar el despilfarro gubernamental y en equilibrar el presupuesto fiscal, ya que la gente de la calle –igual que Ecuador de 1999, Perú de 1994, Chile de 1974, México de 1994, etc.– “había perdido la fe en el sistema económico imperante”¹. En su afán de devolver la confianza a su población buscando elementos para apuntalar la economía, el Presidente Roosevelt aprovechó mas bien los requerimientos de la guerra para convertirse nuevamente en el gran proveedor de material bélico y alimentos, que le favoreció en términos de eliminar el desempleo y de aplicar una política centralizadora y paternalista, que luego de 1980 ningún estado latinoamericano la aplicaría. Pero es notorio que el determinismo histórico justifica las actuaciones de los gobernantes, cuando la historia así se lo permite. Internamente los EUA entrarían a un proceso estabilizador de la economía, y el dólar pasaría a convertirse en la moneda base para las transacciones comerciales internacionales, relegando la tradicional fortaleza de la libra esterlina que perdió poder como consecuencia de las guerras mundiales. EUA ya era una potencia mundial, y las lecciones que le dejó las primeras cinco décadas del siglo, tomando algunos conceptos básicos de Friedman, fueron bien claras:

- a) No podría volver a cometer la misma equivocación de los años 1929-1933 en el sentido de permitir o fomentar una crisis monetaria, ni incurrir en el error opuesto de alimentar un crecimiento demasiado rápido en la cantidad de dinero, estimulando la inflación.

- b) No fomentaría el mito de que la economía privada es inestable, y mas bien documentaría la realidad de que el Estado es hoy en día la fuente más importante de inestabilidad económica.

No nacía aún el estado neoliberal porque EUA no ordenaba todavía sus finanzas, pero es un hecho que el Estado de Bienestar de corte keynesiano, tan criticado en los estados latinoamericanos de fines de siglo, invadió la concepción sociopolítica norteamericana, y sólo sacudiría su conciencia luego del crecimiento económico de Europa y Japón, y de las infaustas lecciones de la crisis de la deuda externa.

Aunque el período de postguerra no logró ser apaciguado por los tratados de paz ni por la constitución de la Organización de Naciones Unidas (ONU) en Londres en 1946, cuyo fin esencial era mantenerla, el fortalecimiento de los bloques capitalista y comunista era un hecho cotidiano. En 1953, luego de la guerra de Corea, se mantuvo la división de esta nación en Norte comunista y Sur capitalista. Entre 1948-1949 nació la Alemania Federal de orientación capitalista, y la Alemania Democrática, de orientación comunista. En 1959 nace la Cuba de Fidel Castro con el apoyo de la Unión Soviética que tres años después, 1962, provocaría una de las tensiones más graves de postguerra y quizás la más peligrosa en lo que transcurría el siglo: la crisis de los misiles.

Las tensiones político-militares eran pan de cada día. Una de las más graves fue la inveterada guerra de Vietnam que, al igual que la revolución cubana en su tiempo, fue el símbolo mundial del antiimperialismo, y en torno a su nombre se desarrolló un constante debate ideológico que fraccionó profundamente las conciencias de los hombres conduciéndolos a mirar desesperanzadamente el futuro, termina en 1973 provocando la división en Norte comunista y Sur capitalista, y en 1967 tuvo lugar la insospechada Guerra de los Seis Días que enfrenta a Israel,

de orientación norteamericana, con Egipto, Jordania y Siria, de orientación soviética. Todo este cuadro, denominado de “guerra fría” porque no enfrentó directamente a los líderes comunista y capitalista en el terreno de las armas, pero que dio pábulo a la conformación de poderosas agrupaciones militares como la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y el Pacto de Varsovia, terminó teóricamente en 1989, pero no concluiría realmente en el presente siglo, ya que mas bien algunos la llamaron “paz caliente” por sus condiciones innatas de desestabilizar la paz.

Una de las inmediatas ideas de EUA luego de terminada la segunda Guerra Mundial, fue detener el comunismo, por quien seguramente guardaba un profundo temor que rayaba en pánico. Los Estados Unidos, en su visión profética de la historia, o en su encargo divino sobre la tierra, consideraban seguramente que no podían coexistir dos tipos adversos de ideologías, políticamente opuestas, y dedicaron ingentes recursos para combatirlo, fortificando su esfera que a la postre sería la que definiría la suerte de la humanidad entera. Le correspondió al Presidente Truman liderar la declaración anticomunista en su Doctrina Truman en 1947, y le correspondió al Plan Marshall conducir a Europa a su reconstrucción y occidentalización, apta para enfrentar al peligro comunista.

De la misma forma, en el año 1946 se había impulsado el cambio ideológico del Japón, logrando –a través del General McArthur– la desmitificación del Emperador Hiroito y el inicio de la monarquía constitucional, previniendo de esa forma, el avance comunista en la región. Luego de todo este intenso batallar alrededor de las áreas políticas regionales, se podía afirmar que los Estados Unidos de América tomaban las riendas del mundo, y aunque no generó un poder imperial, tipo Alemania o Italia, había logrado crear lo que Lenin llamó el Imperialismo, como fase superior del capitalismo, que en un corto proceso de 40 años, cambiaría la faz de la tierra.

Es importante insistir en el concepto de que las enseñanzas dialécticas de la historia no son simples hechos que de pronto emergen para que sean registrados por los historiadores y aún comentados por los especialistas, sino que devienen en ejemplos fundamentales que “determinan” el nacimiento de hitos que posteriormente serán repetitivos en otros, convirtiéndose en modelos para el desenvolvimiento de una más compleja realidad. Y eso es lo que empieza a suceder pocos años después de la guerra, época en la que, aparentemente existe un lapso de conformismo para renovarse luego en una verdadera explosión de manifestaciones de protesta que de distinta manera empiezan en 1955 y aparentemente no demuestran tener fin.

Se puede decir que esa inesperada explosión se inicia en la primera conferencia intercontinental de abril de 1955 en Bandung, Indonesia, en donde se reúnen 23 estadistas de Asia y África –menos América Latina– conformando un nuevo bloque mundial llamado Tercer Mundo, cuyas expectativas, como era de esperarse, se proponían resaltar su extremada pobreza y constituir un bloque político que promocióne la “paz mundial y la cooperación”, independiente de los dos bloques ya existentes, pero con una clara inclinación hacia la izquierda, confirmada en el hecho de reconocer a China comunista como uno de sus miembros. La conferencia condenaba además “el colonialismo en todas sus manifestaciones” haciendo alusión a las posiciones colonialistas de las naciones del Primer Mundo, pero cayeron en el error conceptual de desconocer el colonialismo evidente de las naciones del bloque comunista. “De Bandung nacería, a decir de los estudiosos del tema², el Movimiento de Países No Alineados, en donde docenas de naciones intentarían, con éxito dispar, impedir convertirse en los peones del ajedrez que jugaban los dos colosos de la Guerra Fría”, de donde saltan a la palestra pública, como líderes de los pobres del mundo, el Presidente Sukarno, líder de la independencia de Indonesia de los Países Bajos en 1945, el Presidente Nasser, artífice de la independencia egipcia y de la conformación de los Estados Arabes Unidos, el viejo Premier Ja-

warharlal Nehru, primer exponente, junto con el Mahatma Gandhi, de la independencia de la India, y por qué no, el Premier Chou En-lai, representante de Mao y último exponente ortodoxo de la revolución china.

Las generaciones de fines de siglo bien pueden hacerse una inquietante pregunta, para corroborar el hecho de la nostalgia de tiempos pasados: ¿Hubo realmente una competencia justa en el largo enfrentamiento entre capitalismo y comunismo, o el determinismo histórico dispuso que el mundo sea capitalista? Recordemos que “comunismo” se identificaba con reivindicaciones sociales, recuperación de valores, reparto equitativo de riqueza, etc., mientras que “capitalismo” era símbolo de enfrentamiento de clases, desigualdades sociales, dominio de la injusticia y pérdida de valores, ¿por qué entonces se impuso la maldad sobre la justicia?

En 1989, cuando por fin cae el Muro de Berlín, la humanidad ya estuvo en condiciones para contestar a esta pregunta, y es factible además poner sobre el tapete todo el bagaje histórico del sangriento enfrentamiento por la defensa de los ideales, en donde el comunismo puso los muertos y el capitalismo las armas. Se nos viene a la mente, todo el inconmensurable batallar humano en su lucha por implantar mejores condiciones de vida, representados incuestionablemente por la tenacidad de Fidel Castro para derrocar al dictador Batista que contaba con la protección de los EUA y por su inflexibilidad por mantener incólume un sistema que lo derrumbó la historia, o en la quijotesca ilusión del Che Guevara por encender la pradera sudamericana, etc. etc. ¡Cuántas guerras de guerrillas, cuántas revoluciones frustradas, cuántos levantamientos populares alrededor del mundo enfrentándose al invencible poder del dólar, sin conseguir doblegarlo!

Entonces la respuesta se nos supone antideterminista y antitécnica, ya que no se trata sólo del enfrentamiento de la verdad contra la mentira, o de la justicia contra la injusticia. Se trata más

que nada, del enfrentamiento del poder creador del hombre para transformar la fantasía en realidad, contra una verdad a medias, que se sustentaba en una visión unidimensional y pobre. Se trataba de llenar las necesidades humanas de satisfacciones desafiantes, si se quiere pasajeras, pero que enardecen el espíritu, campo en el que el capitalismo ha demostrado ser insuperable y plenamente compatible con la profundidad recóndita del ser humano. Se trataba, en definitiva, de quitar la máscara de lobo feroz que siempre llevó el hombre y de reemplazarla por una de lobo feliz, sin que pierda la opción de volver a enfurecerse. Bajo esta premisa, el capitalismo es una fuente constante de contradicciones dialécticas que lo empujan a renovarse para no perder su vigencia, mientras que el comunismo era puritano e inflexible, sin la opción de manejar la dialéctica para sus adentros.

Pero de hecho, no sólo es importante resaltar los conceptos morales y éticos que sobre las dos doctrinas se tenía, sino que, por sobre todas las cosas, se debe analizar los resultados puramente económicos, independiente de otros factores que son los que marcarán la diferencia con el “nuevo orden” que se plantea, y que revisaremos posteriormente. Más o menos a partir de 1981, la evaluación de resultados empieza a mostrar que la economía centralizada del mundo comunista presenta una serie interminable de fracasos, que a la postre llevarán a su colapso a comienzos de 1990. El crecimiento económico de la URSS entre 1961 y 1975 empezó superando con creces al de EUA, a tal punto que se hizo famoso el eufórico comentario que Nikita Khrushchev hiciera en 1959 de que la URSS enterraría a los EUA. Pero a partir de 1976, la tendencia cambió de cara y el crecimiento soviético empezó a disminuir, con los resultados ya conocidos. Los especialistas señalaban que la inflexibilidad del sistema político marcado por el poder de un solo partido era incompatible con el sistema de planificación centralizada, lo que devino en fracaso.

En esa misma década (1980), los EUA no se encontraban tampoco en su mejor momento si lo vemos en términos de seguridad financiera, ya que el mercado alcista de los años 1982-1987 tuvo un intenso ingrediente comprometedor en los tipos de interés manejados por la Reserva Federal, que se produjo por la alta inflación que se heredó de la década anterior, provocando recesión, bajos salarios y la consecuente explosión financiera de los años 1987.

Pero las naciones capitalistas desarrolladas se encontraban en franca consolidación estructural de su economía, aunque en el aspecto de desarrollo, más rápido aprendieron a manejar el ultramoderno armamentismo que invadió el planeta, que dicho sea de paso fue el impulsador incansable para el desarrollo de las ciencias, que lo que aprendieron en escudriñar los secretos de la economía. Y una de las recetas que más demoraron en ser asimiladas fue aquella de que la impresión de billetes de una nación debe ser menor que el crecimiento de su producción, so pena de producirse inflación, lo que se demuestra en el hecho de que entre 1964-1977, todos los países industrializados, incluyendo EUA, Alemania Occidental, Japón y el Reino Unido adolecían de esta grave enfermedad. La inflación había sido el cáncer de la economía, y muy pronto, luego de superar la teoría de Keynes, los países desarrollados la logran dominar en su totalidad, siendo en adelante influenciados solamente por el efecto globalizador de la economía que pondría nuevas condiciones para su evolución.

La inflación, afirman, perjudica a unos —a la gran población consumidora y a los pequeños ahorristas— pero también beneficia deshonrosamente a otros, a los productores de los artículos de consumo inmediato y a los propietarios de bienes, incluyendo a los propios gobiernos porque pueden financiar nuevas obras a costa de incrementar la inflación, lo que equivale a financiar el gasto público mediante el aumento inorgánico de la can-

tividad de dinero circulante para que toda la población se haga cargo del costo de las obras.

El país que pueda controlar su economía, pensaba Friedman luego de la experiencia de los años duros, a través del mercado de valores y no de su Banco Central, será un país que no lo detendrá la historia, tanto porque presentaría síntomas de alta concentración de capitales que se traduce en alta producción, bajo desempleo, bajo interés, cuanto porque habrá enterrado el fantasma de la inflación, salvo que al vecino no se le ocurra despertar el dormido duende de la codicia.

Notas

- 1 Frases de Paul Erdman (ob. cit)
- 2 Enciclopedia *Un Vistazo a Nuestro Tiempo*.

IV. MANIFESTACIONES DE LAS CRISIS

La crisis de la deuda externa

El problema de la deuda externa está aparejado con la crisis del petróleo, tal como una semilla está aparejada a la necesidad del agua para germinar. Los recursos financieros de la deuda que recibieron los países subdesarrollados, son como la semilla, y las crisis del petróleo son como el agua que condujeron a que esa semilla se desarrolle cada vez más hasta transformarse en un gran árbol, casi imposible de derribar. No hay secreto alguno en este problema más que el de esta comparación, y el único gran pecado de los actuales acreedores fue el de desviar los recursos de los dueños originarios del petróleo y del dinero hacia los bancos de los países desarrollados, en vez de que se hubiesen creado sistemas autónomos directos de concesión de préstamos entre países menos desarrollados, lo que probablemente hubiese desembocado en un problema similar pero innegablemente, más fácil de manejar.

Pero en el transcurso de ese desvío que ocurrió aproximadamente en el período 72-80 en que las tasas de interés de los préstamos internacionales fueron inexplicablemente negativas talvez con el fin de capturar ingenuos pececillos, la Reserva Federal de los EUA decide, a finales de 1979 disparar las tasas de interés a valores tan altos como 16 y 20,5 %, las tasas más altas del siglo, como resultado de un efecto conjugado de alta inflación interna norteamericana y agravamiento de la deuda externa mexicana, lo cual incidiría decididamente en las crecientes deudas de los países del Tercer Mundo.

Evidentemente, antes de que se agrave el problema de la deuda, los países subdesarrollados ya recibían recursos financieros de los desarrollados en calidad de préstamos, en un mercado aún no muy agresivo, pero la historia le jugó al mundo un cruel trance que se reflejó en las crisis del petróleo, que de no haberlas habido, a lo mejor la realidad hubiese sido otra, y muchos países subdesarrollados no estarían pasando la terrible racha por la que actualmente les tocó atravesar.

Bien sabido es que, en 1973, por influencia directa de la poderosa OPEP, cuyos constituyentes predominantes, los países árabes, se encontraban en guerra con Israel, el precio del petróleo se incrementó escandalosamente de 2 USD a 10 USD por barril, lo que condujo a que países petroleros como Arabia Saudí, Kuwait o Venezuela, además de las conocidas siete hermanas del petróleo, se transformen, aunque sea de nombre y de la noche a la mañana, de países extremadamente pobres a países extremadamente ricos, aunque esa riqueza —quizá pasajera— no fuese inteligentemente utilizada. Por otro lado, países como Argentina, Brasil o Zaire, que no tuvieron la suerte de tener petróleo en cantidades importantes, siguieron siendo pobres, o quizás, su pobreza fue mayor, por que mientras los primeros acumulaban enormes riquezas, los segundos tenían que pagar ese imprescindible petróleo, a un precio cinco veces mayor que el anterior, lo que demandaba mayores recursos.

Todos saben también que Arabia Saudí está sobre un mar de petróleo, y que es el país que tiene el mayor volumen de ventas en el mundo, de manera que, con esta primera crisis del hidrocarburo, la nación se transformó en astronómicamente rica, originando un recurso denominado “petrodólar” que en el futuro sería símbolo de poder y de riqueza que le condujo a tener excelentes relaciones comerciales con los países desarrollados, especialmente con los banqueros de aquellas naciones que, inteligentemente propusieron ser, primero los intermediarios, y luego los depositarios financieros de tan insospechados recursos, con

el fin de colocarlos, en las mejores condiciones posibles, en mercados seguros y rentables, de donde surgieron los llamados empréstitos soberanos que, en desmedidas condiciones financieras, aplicadas entre 1973 y 1978, y que significan el nacimiento de una segunda conquista –emulando la conquista española– y un nuevo colonialismo para los países subdesarrollados, nacieron los préstamos bancarios, o mejor dicho, la inversión más “redonda” que los países desarrollados habían logrado efectuar en la historia, sobre la triste realidad de los pobres tercermundistas, y que empezaron desde casi cero dólares en 1973, a más de un cuarto de billón de dólares en 1978, en condiciones que, con el pasar del tiempo, se irían agravando cada vez más.

El período 1973-1978, que es el tiempo de gestación de las próximas crisis mundiales, no solamente define un proceso de desarrollo acelerado de aquellas naciones –especialmente latinoamericanas– que anteriormente se caracterizaban por ser rurales y semicoloniales, en donde no se encendía aún el “despegue” hacia la integración con el sistema capitalista –con la Alianza para el Progreso como guía espiritual– sino que define también la marcha de las naciones hacia la conformación de nuevos sistemas políticos que paulatinamente constituyen el esquema neoliberal y globalizador de fin de siglo. En ese período, Chile vive la barbarie de su historia moderna, cuando una confabulación política contra el Presidente socialista Salvador Allende, en donde la CIA tuvo la responsabilidad directa, sufre el implante de una sangrienta dictadura militar que a un alto costo social, lo conduce al denominado “modelo chileno” que colocó al país entre los de más alto desarrollo del cono sur, Ecuador se identifica con el nacionalismo revolucionario del General Rodríguez Lara que implantó substanciales reformas de cambio, y el resto de Sudamérica se identifica con el militarismo desarrollista propugnado por el propio imperialismo norteamericano para conseguir un avance sustancial en sus relaciones con la región, ocurre una segunda crisis del precio del petróleo (1981), cuando éste se dispara, como en la época anterior, de 10 a 20, 30 y 40 dólares por

barril, causando un inesperado estupor en aquellos países productores que, cifrando sus esperanzas de ver cumplidos sus sueños de grandeza al estilo de los países desarrollados, les cae del cielo el incremento, y arrastran consigo a los demás países del entorno. La cantidad anterior del monto de los préstamos se duplicó inmediatamente a más de medio billón de dólares, y la cifra se quedaba corta cuando se especulaba de que el precio del petróleo podría fácilmente rebasar los cien dólares.

Los países productores como Venezuela, México o Nigeria, se embarcaron inmediatamente en descomunales programas de desarrollo los cuales irían a ser financiados con la gallina de los huevos de oro, pagándolos en un 50% al contado y el otro 50% en cómodas cuotas garantizadas por su inconmensurable riqueza petrolera.

Pero el hombre, así como es ingenioso, también es codicioso, y una de las principales lecciones que nos deja el origen de la crisis del petróleo dentro de este esquema de ingenios y ambiciones, es la idea de que los “cártels” son positivos cuando son inteligentemente conducidos. La finalidad de la OPEP era regular la producción petrolera y por ende, el precio del barril de petróleo así como “establecer un frente unido para la defensa de los intereses de los países exportadores de petróleo ante la política de bajos precios impuesta por las grandes compañías prospectoras y productoras”¹ mas no la de crear una ofensiva de irremediables seudo izquierdistas que, a nombre de un irresponsable fanatismo revolucionario, hicieron tambalear al mundo, más que lo que hubiera podido hacerlo una nueva guerra mundial. Si la primera crisis del petróleo fue desencadenada por un fanático musulmán como Muamar Gadafi, ambicioso de poder y de gloria, la segunda fue el efecto devastador de otro fanático religioso como el ayatollah Rujollah Jomeini que, sustentados ambos en una ideología antioccidentalista, (antinorteamericana), pusieron al mundo en vilo. Alrededor de la década del 60, en que aún no se desataba la crisis del petróleo, el consumo mundial era de unos

9 millones de barriles por día, mientras que, hasta 1973 en que ocurre la primera crisis, el consumo ya era de 34,2 millones de barriles, factor éste que acarrea no solamente la crisis de la deuda externa, sino también la denominada “crisis energética”, más el desencadenamiento de una serie interminable de factores que en adelante, ponen en peligro la estabilidad de todos los esquemas.

“Por primera vez en la correlación de fuerzas mundiales de poder –decía un analista ecuatoriano allá por los años 87, respecto a la constitución de la OPEP– las naciones pobres tienen en sus manos parte del destino del mundo y se hacen sentir frente a las superpotencias y a los países industrializados”². Luego que finalizó el siglo XX nos preguntamos incrédulos: fue correcta esta apreciación?

A veces los sueños duran menos que la realidad, y en el mundo de las finanzas, no hay sueños que se impongan sobre la verdad de los hechos. A comienzos de la década del 80, y por efectos de la irascible volubilidad árabe, se producen los primeros excedentes de petróleo, y como tal, su precio, en vez de sobrepasar los 40 USD como tenían previsto los soñadores, empezó a bajar desconsoladoramente hasta ubicarse en los primeros 29 USD. Entonces, el mundo empieza a vivir la tercera etapa dialéctica del siglo, y en adelante comienza el verdadero desafío a la inteligencia humana para esquivar en el papel las obligaciones que en la práctica no se lograban, en un intento similar a transponer las utopías. Como para empezar a afrontar tanta desdicha nace lo que puede llamarse “la era de renegociación de la deuda externa”, y son los imponderables mexicanos quienes inician dicha era cuando en 1982 comienzan a ingeniarse las más complicadas fórmulas de renegociación, totalmente desconocidas e incomprensibles para el común de nuestro pueblo y que con el tiempo se fueron deslindando del petróleo, y hoy forman parte del concepto de desarrollo y subdesarrollo de todas las naciones del orbe. La deuda externa, a decir de un informe del Banco

Mundial de los primeros días de 1988, frustró las esperanzas de revertir el deterioro económico de los países endeudados, con graves riesgos de desestabilización política y social de cada uno de ellos. “El ingreso, el consumo y las inversiones en los países en desarrollo endeudados –dice el informe– retrocedieron a los niveles de los años 70, e incluso a los del 60 en el caso de los países más pobres de África”³.

Para esa fecha, “el flujo neto de capitales, esto es, de nuevos préstamos menos los pagos de capital, totalizó 26 mil millones de dólares”, cifra que se estaba volviendo imposible de manejar debido a la evidente incapacidad de los países deudores, pues sus debilitadas economías, producto de irreverentes gobernantes internos, no tuvieron un crecimiento significativo durante la década de los 80. Además, el Banco estimó que la deuda externa del Tercer Mundo llegó en 1987 a 1,19 billones de dólares, esto es, 2,38 veces más que lo que fue cuando comenzó la segunda crisis del petróleo.

La deuda externa, como apalancamiento para el desarrollo, se tornó, con el pasar de los años, no sólo en un problema imposible de solucionar, sino que se transformó en algo así como un cáncer imposible de erradicar. De acuerdo al compromiso, quien adquirió su deuda, a lo sumo podría renegociarla para seguirse endeudando a medida que cambien los gobernantes y se mantengan los esquemas de crecimiento, pero jamás nadie podría evadirla o hacer caso omiso de su existencia. Y como muestra basta un botón: Cuando Perú, a través de su Presidente Alan García, negó el pago de sus obligaciones externas, allá por el año 1986, el país cayó en la más vergonzante insolvencia que se podría imaginar, que lo condujo, luego del salvataje implantado por Fujimori en 1992, a devaluar con millones de ceros su moneda, con las consiguientes hiperinflaciones y recesiones que hicieron sufrir duramente al pueblo peruano. De ahí que ni siquiera la bandera del “club de deudores” encabezada por Fidel Castro en los años 80, tenga acogida, mientras cada uno de los im-

plicados se vio obligado a buscar una salida de acuerdo a sus propias posibilidades, ya que han comprendido que no es conveniente desafiar el poder del capital financiero internacional, porque hechos como estos traerían nuevas crisis de impredecibles consecuencias que no sólo afectarían a las naciones endeudadas, sino a los acreedores también. El no pago de la deuda, como tesis de agrupaciones de izquierda, y la moratoria como tesis de transición, afectaría no sólo a acreedores gubernamentales, sino a inversionistas “piratas” que persiguen sacar buenas “tajadas” de sus capitales sin importar qué condiciones haya que remontar.

La deuda de los países del Tercer Mundo, al finalizar el siglo, bordeaba los 3 billones de dólares, y los pagos de capital más intereses sobrepasaba los 50 mil millones anuales, convirtiéndose las renegociaciones en práctica común de los presidentes que asumían una magistratura, con el fin de poder gobernar con relativa tranquilidad financiera su nación, pero con el incremento de su deuda y con el impostergable sacrificio de la población de menores recursos que era sobre quien recaía el castigo. Cuando el Presidente Menem asumió su mandato, allá por 1989, la deuda externa argentina era de 63.300 millones de dólares, la inflación de 4,923% y la desocupación de 8,1%. En diez años que duró su gobierno, la deuda externa ascendió a 139.738 millones de dólares, la inflación fue negativa (-1,8%) y el desempleo bordeó el 18%, logrando, en base a un gobierno típicamente neoliberal, mejorar la economía privada a costa de una deuda que sería pagada por toda la población. Y sin remediar más consecuencias, ese era el camino que les esperaba a todas las demás naciones subdesarrolladas para salir de rezago estructural, o tendrían que resignarse a permanecer indefinidamente en el anonimato.

Latinoamérica en la crisis

“La división internacional del trabajo consiste en que unos países se especializan en ganar y otros en perder.”⁴

Con estas célebres frases inicia Eduardo Galeano uno de los más importantes textos conceptuales sobre la ubicación sociopolítica de América Latina en la gigantesca estructura económica del mundo capitalista, y la frase que durante la década de los setenta sacudió la conciencia revolucionaria de jóvenes y de estudiosos del proceso de degradación integral de nuestros países subdesarrollados, dejó de tener –dieciocho años después– la validez que tuvo, cuando la caída del Muro de Berlín empezó nuevamente a sacudir esa conciencia revolucionaria que no logró asimilar las enseñanzas de la historia y no descifró suficientemente cuál fue el significado de ese hecho trascendental que sólo tres años después llevó al desmembramiento total del método socialista representado en la destrucción de la casi invencible Unión Soviética.

La década de los setenta en América Latina fue la era en que los principales sociólogos de izquierda, especializados en difundir la realidad sociopolítica de sus pueblos, se dedicaron a difundir odio contra el sistema capitalista, un justo odio producto de las crueldades por las que atravesaba el común de nuestro pueblo, y que se tradujo en protesta con diferentes facetas mundiales, pero en la que, todos aquellos que se dedicaron a interpretar o proponer nuevas tesis, jamás supusieron que el esquema ideológico en el que se sustentaban, se iba a derrumbar apenas veinte años después, sin que las condiciones cambien mayormente. Y veinte años después darían también la razón a tesis tan descabelladas, como el control de la natalidad, que nuestros dominantes vecinos del Norte nos quisieron imponer vergonzosamente, tanto por proteger su integridad política, cuanto por impedir la enorme estupidez de “socializar la pobreza” según propugnaban los sectores de izquierda. “En América Latina resulta más higiénico y eficaz, resaltaba Galeano en negrillas en su libro citado, matar a los guerrilleros en los úteros (de las madres, antes) que en las sierras o en las calles”. Y al finalizar el siglo, las familias latinoamericanas veían aumentar su pobreza, no porque el PIB no crecía, sino porque el índice de nacimientos impedía que éste

crezca. Las tres más importantes economías de la región en 1997 llegaron a tener un crecimiento similar o mayor al de EUA en ese año que fue de 3,7%: Argentina 7,5%, México 4,5%, Brasil 3,5% ¿Habría alguna esperanza de superar dificultades si las críticas y opiniones se orientaban de otra manera?

La interpretación capitalista de la división internacional del trabajo, que fue la consecuencia dialéctica más importante del lento desarrollo que marcó la vida de los pueblos latinoamericanos, no era aceptada por los ideólogos de izquierda, aunque la realidad continuaba siendo indeformable. El propio Galeano cita en su texto un ejemplo clave, sin llegar a dar una explicación satisfactoria, más que el usual discurso común de la época: “Hablar de precios justos en la actualidad –decía el ejemplo, cuya opinión corresponde a Covey Oliver, coordinador de la Alianza para el Progreso en Julio de 1968– es un concepto medieval. Estamos en plena época de la libre comercialización...”, donde los países industrializados empiezan a sostener el sartén por el mango, luego de veinte años de renacimiento, después de los catastróficos hechos del pasado. Si bien América Latina vivió un penoso desequilibrio frente al Imperio, ya que fuimos las ruedas que movían el vehículo capitalista, lo que afirmaba Oliver, sin ser una gran verdad, era una premonición de lo que a fines de siglo tenía que suceder, y la labor de los investigadores y líderes nacionales era desentrañar las implicaciones que esas afirmaciones tenían.

Con el pasar de los años, desde la desventajosa posición que asumió luego de las guerras independentistas, sumadas al inicio de la crisis, luego de la Gran Depresión de los años 30 que se tradujo en el agotamiento de nuestras reservas de oro que determinó la suspensión de las importaciones y del pago de la deuda externa, más los duros efectos de la Segunda Guerra Mundial que nos apabulló aún más que a la propia Europa, Latinoamérica permaneció rezagada en el esquema de la crisis, sobrellevando con increíble pasividad su “mala racha”. ¿Por qué no se convirtió

en una potencia mundial con iguales características que las de Estados Unidos de Norteamérica, si ambos despegan, luego del descubrimiento del nuevo continente, en similares condiciones? ¿Por qué no logró superar el rápido desarrollo de las viejas naciones europeas que una y otra vez se levantaban incólumes de su derrota? Tal vez en su momento, la sustitución de importaciones pudo haber dado una ubicación decisiva en el contexto de la división internacional del trabajo, pero definitivamente, América Latina no tuvo las condiciones para constituir la cuarta zona mundial de competencia, luego de EUA, Europa y Asia Oriental. La sustitución de importaciones, luego de la recuperación de Europa y Japón, se convirtió en un arma de doble filo porque exacerbó el proteccionismo nacionalista e industrial, y el problema se transformó de económico en político.

Tal vez un análisis diferencial nos indique las razones de algunos interrogantes, y en primera instancia, el texto de Eduardo Galeano nos proporciona información a las mil maravillas. El saqueo colonial, el mestizaje desproporcionado, el fraccionamiento territorial, las desmedidas ambiciones individuales y la destrucción implacable de las culturas autóctonas podrían haber sido factores suficientes para que América Latina se haya proyectado como un territorio rezagado, y no como uno visionario al estilo “americano” de un George Washington o de un Roosevelt, a pesar de haber tenido un Benito Juárez, un José Martí, un Simón Bolívar, que aún mediante sus grandes esfuerzos, no lograron consolidar una América India unida, más abajo del Río Grande.

“Para quienes conciben la historia como una competencia, afirma Galeano en su texto citado, el atraso y la miseria de América Latina no son otra cosa que el resultado de su fracaso: Perdimos; otros ganaron”, y una competencia al estilo como lo plantea Galeano, ¿no es un enfrentamiento dialéctico primario en el que unos ganan y otros pierden? América Latina se especializó, a más de perder, en quejarse, agachando muchas veces la cabeza,

pero jamás planteando una visión conjunta de su futuro, y todos los intentos por lograrlo, fracasaron. No sólo los “americanos” son los grandes responsables de nuestra desdicha, o el saqueo imperial de la Corona Española. Nosotros mismos somos los responsables desde que Atahualpa, el Gran Inca de los países andinos, se negó a enfrentar a 15 desgarbados y famélicos guerreros españoles que transmutados en bestia-hombres, iniciaron la interminable conquista. ¿No vivimos la amarga experiencia de un Batista, de un Somoza, de un Duvalier, e incluso de un Pinochet, que se prestaron descaradamente para sojuzgar y asesinar a nuestros propios pueblos? ¿No sufrimos una amarga etapa populista-demagógica que dejó profundas huellas de corrupción y engaño en el alma de nuestras instituciones democráticas? ¿No vivimos, a partir de los 70’s la terrible opresión de los privilegios proteccionistas y sindicalistas que corroen insensiblemente la frágil integridad de nuestras naciones? Jamás tuvimos unidad conceptual, y a pesar de ser la enorme heredad territorial de una sola madre, nuestras abismales diferencias marcaron nuestro futuro, aunque los intentos por buscar salidas no faltaron.

A raíz de los años 60, los países centroamericanos, andinos o del cono sur intentan reunificarse como una sola cultura primero, y comercialmente después, pero desgraciadamente no lo logran de inmediato, porque “los latinoamericanos frecuentemente se sintieron manipulados por Washington en la OEA, ya que la Organización se había plasmado como la institucionalización de un concepto panamericanista funcional a la hegemonía regional de Estados Unidos y a las estrategias de Washington en el marco de la confrontación Este-Oeste”⁵. Estados Unidos son el tercer factor dialéctico que influye en el retraso de América Latina porque permanentemente manipuló y dosificó los medios para impedir su constitución autónoma y su desarrollo nacional independiente.

En sus primeros años la OEA no constituyó un elemento integracionista latinoamericano, y al menos hasta fines de siglo

fueron las iniciativas regionales como Grupo Contadora y Grupo de Río las que mejores resultados unificadores obtuvieron, y organizaciones con fines comerciales como ALALC, CELA, Pacto Andino, MERCOSUR, MCCA, etc. los que empezaron a definir las futuras polarizaciones para el desarrollo, pero sin rebasar la idea de romper la vieja teoría de la dependencia sustentada en el concepto de que “el éxito económico de la era posterior a la segunda guerra mundial, fue alcanzado por países que se unieron aún más al ‘sistema mundial’ capitalista, como lo comprueban los ‘milagros económicos’ de Asia oriental”⁶. La unificación de México al Tratado de Libre Comercio entre EUA y Canadá y la posible entrada de Chile al mismo, confirman lo aseverado, aunque anteriormente ya se haya tratado, a través del Grupo de Río, plantear tibios cuestionamiento políticos a Washington, como cuando en la octava Cumbre Presidencial reunida en Brasil, se intentó condenar el embargo norteamericano a Cuba, o cuando se intentó plantear la reforma del Consejo de Seguridad de la ONU en donde sólo cuatro países tienen un puesto permanente, mientras que América Latina y el Caribe no son tomados en cuenta en un claro desequilibrio político que, evidentemente, no sería consustancial con su constitución.

América Latina intentó crear una OEA sin EUA aunque pronto comprendió que sería igual que tratar de inventar un vehículo que pretenda rodar sin combustible, por lo que pronto abandonó la idea de perseguir una independencia sin tener la necesidad de hacerlo, al menos por ahora.

La crisis de los países asiáticos

La crisis de los países asiáticos, que se originó aproximadamente en la crisis monetaria tailandesa en julio de 1997 y que se manifestó en el histórico derrumbe de la bolsa de Hong Kong en las siguientes semanas, podría haberse llamado en Estados Unidos, “la crisis de los jubilados” por las implicaciones financieras que trajo a un sector poblacional especialmente norteamericano,

cuando empezó a producir sus efectos devastadores a través de la bolsa de valores de Wall Street que, a su debido momento se convirtió en atractiva fuente de inversión, no sólo para grandes empresarios, sino para toda la población en general, donde la especulación tiene cabida para obtener los réditos que no se obtienen en los medios comunes de inversión.

Los inesperados efectos de la crisis monetaria de un país asiático significó, ya bien entrada la globalización, una epidemia financiera que empezó a producir graves daños en las economías del resto de Asia, y que se expandió irremediamente a Rusia y América Latina por su desfavorable condición de mercados emergentes. Podría decirse que fue la última gran crisis financiera del siglo XX no originada en Wall Street, y la más clara confirmación de que la globalización era un hecho ineludible con la cual tenía que lidiarse en el próximo milenio.

Si bien EUA sintió duramente la remezón de esta crisis por la incuestionable dependencia de su economía respecto de la bolsa, tuvo también la oportunidad de demostrar al resto del mundo que su solidez financiera era irrefutable porque su recuperación fue inmediata, y más que nada demostró que el dólar norteamericano se había transformado en el termómetro que definía los niveles en los que podrían ubicarse los parámetros de control de las economías mundiales, mientras el resto de naciones incomprensiblemente sustentaron sus economías en una divisa de reserva que era fuerte hoy pero que no se sabía lo que podía suceder mañana.

A pesar de haber llegado a alcanzar un alto grado de estabilidad económica sustentada en un gran desarrollo de la producción y del mercado, las naciones “emergentes” todavía eran vulnerables a las variaciones del intercambio financiero internacional porque adolecían de endémicos males causados por falta de liderazgo de sus gobernantes que les impedía tomar decisiones difíciles, o por la gravedad de sus problemas sociales internos

que creaba desconfianza en inversionistas, o lo que es peor, por las más despreciables corruptelas que ligaba empresas a gobernantes, etc. etc., eran insistentes anuncios de que las cosas debían cambiar en el nuevo milenio, caso contrario, las crisis asiáticas, latinoamericanas o rusas podrían volver a repetirse.

Por aquella época Japón, a quien no se podía considerar un mercado emergente, llevaba varios años de estancamiento económico, Indonesia adolecía de un sistema bancario ineficaz, Hong Kong mantenía una moneda sobrevalorada con excesivos tipos de interés, Malasia, en un esquema autocrático de gobierno, poseía una deuda interna excesivamente alta con escasa confianza para la inversión extranjera, y China, a pesar de haberse mantenido por varios años como la nación de más alto crecimiento de la región, sentía la negativa influencia de la burocracia incapaz de controlar un sistema bancario insolvente, a más de tener que soportar los duros embates de la naturaleza que pujaban por detener su inalcanzable crecimiento.

Por otro lado, Brasil luchaba por detener su enorme déficit presupuestario que estaba minando sus reservas en divisas, y México, en una situación menos apremiante, sentía la vulnerabilidad del Peso por los bajos precios del petróleo y por la inestabilidad reinante en los mercados mundiales de divisas.

Finalmente Rusia, otra de las grandes perdedoras de la crisis, sumida en la desconfianza de un gobierno de baja credibilidad que impedía llevar a cabo importantes reformas económicas, y envuelta en graves problemas bélicos regionales que amenazaban con desatar un nuevo militarismo mundial, llevaba sobre sus espaldas algunas grandes necesidades básicas para mejorar su situación. Reestructurar la banca para eliminar la corrupción, mejorar la recaudación tributaria para disminuir el déficit, agilizar las reformas estructurales para acceder al libre mercado, etc., todos estos requerimientos se tornaban imprescindibles pa-

ra no verse afectada en nuevas crisis, y aportar a la estabilidad económica mundial.

América Latina por su lado –a decir de los líderes del principal organismo internacional de crédito como el BID– “aprendió a reaccionar con rapidez y eficacia” ante la agresividad de tan inesperadas crisis, “dictando de forma rápida y oportuna, medidas fiscales y cambiarias” que no detendrían el crecimiento que tanto atemorizaba a los inversionistas. Y las medidas que debían tomarse consistían en controlar las variables macroeconómicas, evitar el “boom” de créditos prolongados, las desmedidas apreciaciones de las tasas de cambios y los grandes déficits en cuenta corriente, para lo cual debían seguir adelante con las reformas para poder “lograr mayor eficacia económica para crecer y mejorar la productividad”.

La crisis de los países asiáticos fue el último tamiz que impuso el fin de siglo a las economías regionales, en donde todavía se constató la existencia de un fantasma discordante que amenazaba con postergar la unificación de medios, y aquellas naciones que no lograron pasar por él, debían destruir su fantasma, o quedarse atrás en las conquistas del nuevo siglo.

Notas

- 1 Estatutos de la OPEP.
- 2 *OPEP, un instrumento de cambio*, Eduardo Santos, Cuadernos NUEVA, No. 9, sin fecha.
- 3 Informe del Banco Mundial, Diario HOY, 10 de Enero/98.
- 4 *Las Venas Abiertas de América Latina*, Eduardo Galeano.
- 5 *Cooperación Política e Integración Latinoamericana en los '90*, Alicia Frohmann.
- 6 *América Latina bajo una perspectiva cultural comparativa*, Peter Berger.

V. LAS CRISIS DE VALORES

El pensamiento filosófico

Muchos siglos de dura batalla costó al hombre civilizarse y aún modernizarse, hasta llegar a adoptar, según lo entendemos en la actualidad, la constitución de “ser superior”, diferente a cómo son los animales. Llegar a conformar una familia monogámica, liberar a la mujer de su ubicación original de ser inferior hasta competir con el hombre, reglamentar las características del trabajo asalariado y finalmente organizarse en sociedades y en estados bajo cánones de leyes, religiones y culturas son las más claras diferencias del “ser inferior” como empezó siendo en su origen, al “ser superior” que es en la actualidad. Obviamente aún no todo es el paraíso ya que superviven condiciones que todavía lo arrastran a su situación ancestral, pero el logro, hasta finalizar el siglo XX, fue realmente espectacular.

Quizás la opinión de algunos que juzgan con dureza la típica característica humana de ser el lobo de sí mismo tenga un sólido asidero en la desconfianza que les da la historia, pero es innegable que su evolución lo transformó en “dueño de casa”. La idea de R. Panikkar de que “si el mundo que pretendemos desarrollar tuviera que gastar la (misma) cantidad de energía que gasta ese 20% de la humanidad que conforma el Primer Mundo”, o que “si el mundo debiera tener el gran número de vehículos que tienen ellos, (los del Primer Mundo) en siete años expiraba la vida del planeta” es tan cierta como premonitoria a la vez¹. Pero la evolución determinista hace que el hombre no avance a ciegas, sino que otros hombres pongan la voz de alerta, en cuanto sea necesario. Por ello es que el mismo autor cuestiona el nom-

bre de “países en vías de desarrollo”, cuyo origen procede de aquellos que quieren proponer “ese tipo” de desarrollo que, dicho sea de paso, está conduciendo al mundo al desastre, por lo que, otros autores como Lévy-Strauss, prefirieron exaltar “el pensamiento salvaje” ya que la sociedad primitiva, a pesar de no haber sido perfecta, “era una sociedad apacible y estaba en cálida armonía con la naturaleza”, que es lo que necesitamos los hombres de este siglo.

De alguna forma, los primeros años del siglo XX, con sus interminables conflictos político-militares, originan irremediablemente las características básicas de lo que será el nuevo siglo y dejan fundados hechos sorprendentes como “la irrupción de las mujeres en los campos económicos y políticos, la desaparición de los convencionalismos del siglo XIX, y la rebelión de los hijos contra los padres”² que demanda que los filósofos se devanen los sesos y converjan en la última expresión filosófica anti-determinista del milenio, cuyos mejores representantes se los identifica en Bergson, Kierkegaard, Heidegger y Sartre.

El hombre de Bergson es materialista, y aunque el contenido principal de su filosofía sea el “vitalismo” como expresión de evolucionismo, su pensamiento fue considerado especulativo y abstruso. Kierkegaard, como padre del “existencialismo”, creó una importante corriente filosófica que, en el camino adoptaría la corriente ateísta de Heidegger que lo conduciría a buscar “una respuesta al significado del ser” sosteniendo que no existía prueba racional de la inmortalidad del alma.

Pero desde el “ser angustioso” de Sartre que enfrenta la dura realidad de la opresión hitleriana hasta la dolorosa situación de la guerra fría que fracciona duramente la condición humana, el pensamiento contemporáneo no puede ser determinista porque habría que batallar duramente para conseguir la libertad. De ahí que Sartre, sin ser marxista, apoya la lucha de los pueblos y condena la opresión, aún aquella de origen marxista, cuando

Moscú aplasta la rebelión de Hungría en 1956. Ya para entonces, el significado de libertad es diferente al que el hombre adopta 46 años después de publicado su libro *El Ser y la Nada* en 1943, ya que la angustia de mirar cómo cambian los esquemas y que en el futuro, el hombre será esclavo de sus propios descubrimientos, impulsan al filósofo a aceptar que la existencia humana carece de sentido y de propósito, definición que se identifica como “existencialismo” y describe la concepción filosófica de toda una generación que no quiere dejar de ser libre, según lo ha venido interpretando.

Libertad, que es el término que se acuña más comúnmente en los tratados de filosofía, nos permite cuestionar ahora: ¿qué persigues libertad? ¿Qué finalidad y significado tiene esta mágica palabra que ya no la escuchamos desde la caída del Muro de Berlín? Los últimos en pronunciarla y en luchar bravamente por ella fueron los estudiantes del Mayo de París en 1968, los guerrilleros bolivianos del Che en 1966, o los estudiantes chinos de la Plaza Tiananmen en 1989. Finalmente, cuando cayó el Muro adquirimos la libertad que tanto demandamos, y cuando se goza de algo que se recupera, ya no se habla de ello porque se abren nuevos ideales por los que hay que luchar. Y la pregunta se hace evidente: ¿Por qué nuevos ideales luchamos hoy? Los valores filosóficos, luego del trauma del fin de las ideologías, cambiaron drásticamente y ese es indudablemente el mayor logro dialéctico del siglo. En el lenguaje computarizado de la juventud actual no se habla ya de imperialismo, no se habla de liberación nacional, no se habla de Tercera Guerra Mundial. Ahora los objetivos son más puntuales y todos los países saben lo que tienen que hacer aunque no tengan aún en sus manos todas las herramientas para lograrlo. Acabar con la corrupción, (aunque sea un efecto y no una causa) tan característica del ser humano (el latino que por lo general es quien habita la América hispana, ¡también es un ser humano!), enfrentarse al neoliberalismo para humanizarlo, acabar con la desocupación y la miseria, aproximarse al “desarrollo sus-

tentable”, ¿no son éstos los nuevos objetivos para el siguiente siglo?

Pero no todos son pesimistas, y algunos mas bien son visionarios, capaces de ver e interpretar en la realidad que envuelve al hombre, el tipo de organizaciones que se están fraguando. Sin necesidad de “no ser” filósofos, al estilo de MacLuhan, observan que el fenómeno de comunicación de masas por ejemplo, está tendiendo un hilo irreductible alrededor del planeta, cual enorme telaraña, que será el lazo que globalizará el entendimiento futuro, y que en su enorme territorialidad, el planeta se transformará en una “aldea global” en donde los chismes de Occidente, se escucharán indiscretamente en el Oriente, y todos querrán ver desde sus casas cómo reinas, príncipes y generales escriben la historia en los corrillos del mundo.

Otros, al estilo de Teilhard de Chardin, no constituyen el tipo de filósofos que influyen decididamente sobre los estudiosos de izquierda, ni se transforman en líderes espirituales de los estudiosos de derecha. Chardin es el prototipo de rebelde que, en torno a sus ataduras religiosas y usando un lenguaje poco ortodoxo, arroja sobre sus congéneres –monjes jesuitas– toda una concepción suprema del Fenómeno Humano, en su libro homólogo, donde no es más importante la reconciliación de la ciencia con el cristianismo, ni la creación religiosa con la evolución científica, sino que se antepone el precepto universal de la socialización de la materia hacia la búsqueda de Dios, en un claro voto de confianza de que el hombre sabrá entender hacia dónde se encamina, y toda esta batalla de ideas y de ambiciones que enfrenta a los seres vivos, no acabará por destruirlos sino por purificarlos en su viaje divino hacia la Unidad. Es, después de todo, la concepción de Chardin, una concepción dialéctica, pero vista con los ojos de un creyente poco ortodoxo, que confía que todo se transformará no sólo porque el hombre así lo quiera, sino porque definitivamente así lo necesita.

Al finalizar la década de los 60, empezó a desplegar interés universal los planteamientos filosóficos de Herbert Marcuse, a quien, debido a la letra inicial de su apellido, se lo vinculó casi gratuitamente con el pensamiento de Marx y Mao haciendo alusión a la trilogía de las tres “M”, y se lo relacionó además, con un supuesto “poder estudiantil” como una fuerza alternativa para lograr la tan ansiada revolución socialista que se puso en boga en la época por el momento histórico que se vivía. En realidad, Marcuse no tuvo nada que ver con el referido “poder estudiantil” en términos de ser su auspiciador, y más bien su popularidad se acrecentó porque, siendo un intelectual marxista de origen alemán que vivía en los Estados Unidos, tuvo bastante acercamiento con los grupos estudiantiles de izquierda, especialmente europeos, a quienes dictaba conferencias sin la pretensión de ser “su líder espiritual”, ni porque pensaba cambiar los tradicionales principios marxistas, sino porque criticaba duramente las sociedades industrializadas de quienes cuestionaba la validez de su unidimensionalidad que estaba conduciendo a la esclavitud del hombre sobre la civilización, tal cual el pensamiento angustioso de Sartre o el esperanzador de Chardin. Pero la ortodoxia marxista que jamás aceptó la “revisión” dialéctica de los principios, no digirió el planteamiento marcusiano, e incomprensiblemente echó al cesto de la basura a él y a todos los pensadores y filósofos del siglo XX que desesperadamente anticipaban sobre la suerte de la revolución.

Marcuse buscaba una salida o explicación a la angustia de Sartre, y estableció la noción de la “sublimación no represiva”, considerando que, dentro del esquema de dominación continua de la civilización represiva, se están cambiando los métodos a formas más técnicas, productivas o benéficas que encuentran su más clara manifestación en la automatización moderna, creando la inesperada posibilidad de que “el tiempo de trabajo llegue a ser marginal y el tiempo libre llegue a ser tiempo completo”³, lo que implica que una existencia no represiva puede serlo sólo como resultado de un cambio social cualitativo.

La importancia de Marcuse radica en el hecho de que vislumbra, a través de ciertos principios freudianos, una nueva forma de dominación social que crea una cultura menos represiva, pero que de igual forma, está organizada contra su liberación.

La semilla de la crisis del capitalismo, que a mitad de siglo se aproxima galopante para transmutar la historia, se refleja también en la crisis del pensamiento socialista, quien, en su pasiva miopía, no percibe la muerte de las ideologías frente a la dura arremetida del postmodernismo, que se empieza a reflejar maravillosamente en su lenguaje universal llamado arte y literatura, a través de creadores inimitables como Ionesco, Becket, Brecht, Dalí y el propio Sartre que exponen descarnadamente en su obra la crueldad del mundo que nos espera. Hasta la propia humanidad empezaba a tener una apariencia diferente cuando nos toca espectral la protesta estudiantil, aparejada a la guerrilla revolucionaria, al hippismo y al Woodstock de 1969, en una sola manifestación mundial de anuncio de una nueva era. Se vive indudablemente una crisis de valores que afectará por igual a viejas y a nuevas generaciones, y la dura realidad del “cambio”, se vuelve aterradora a nuestros ojos, por lo que nos toca lanzar las últimas “patadas del ahogado”. El hombre está hecho –además de su constitución ya señalada– para rechazar todo lo nuevo, y si es posible, para llevar “la contraria” de lo que es tradicionalmente conocido. El término “vender la idea” se creó no sólo porque el nuevo sistema es exigente, sino porque no se acepta fácilmente las innovadoras corrientes que arriesguen su estabilidad, y la resistencia al cambio determina que se desarrollen nuevos mecanismos para conseguir que el hombre acepte nuevas concepciones.

El mundo que se ha gestado hasta fines de siglo es un mundo irreconocible, y lo que nos espera para el próximo milenio, podría aún ser más irreconocible si es que no nos preparamos debidamente para aceptar los nuevos cambios, teniendo en cuenta que las crisis que gobernaron el siglo XX bien pudieron

haber sido producto de viejos rezagos de actitud, tanto por rechazar una apreciable condición divina que jamás supimos valorar, cuanto por oponernos al cambio que de una u otra forma tiene que llegar.

Razas y religiones

Posiblemente no sea completo establecer una descripción filosófica universal del hombre únicamente en base al bipolarismo de bondad-maldad que lo caracteriza, pero es lo más general que puede encontrarse. Cuando los científicos de la NASA lanzaron al espacio un mensaje terrestre para las posibles civilizaciones intergalácticas que eventualmente logren captarlo, describieron al ser humano en torno a sus características físicas intrínsecas, específicas de hombre y mujer, lenguaje y nivel de inteligencia, mas no pudieron advertir a los posibles extraterrestres que reciban el mensaje, que los seres humanos somos extremadamente peligrosos cuando desenmascaramos nuestro microcosmos interior, aunque muy probablemente seamos amistosos con los extraños cuando no nos den motivos para ser agresivos, y además podríamos tener otras características bondadosas similares entre nosotros como ser curiosos, perceptivos y románticos, pero no dejaron en claro que el nivel de desigualdad, desajustes y descontrol planetario por el que atravesamos al finalizar el siglo XX, llegaron a tal extremo que estuvimos en peligro de perderlo todo.

Todos los filósofos que normalmente hemos traído a colación entienden perfectamente el dilema existencial, pero no lo plantean desde todos los puntos de vista. Normalmente el punto de vista de la filosofía clásica es el punto de vista de la filosofía occidental, cristiano y monoteísta, más nunca aceptamos seriamente los puntos de vista de otras filosofías, procedentes de otras razas y religiones, y caemos en el tremendo error de engañar a los extraterrestres, porque estamos acostumbrados a engañarnos a nosotros mismos. Y un extraterrestre podría perfecta-

mente entender que en este planeta no vive solamente un prototipo de ser humano, sino que existen varios, y que por el momento no coexisten, sino que todavía están en pugna hasta reglamentar los acuerdos.

La familia monogámica, la liberación de la mujer, el trabajo asalariado, el consumismo, etc., a más de ser características “occidentales”, son también características típicas de una raza o religión, y no son necesariamente universales. Quienes propugnan la filosofía occidental que arraiga del Imperio Greco-romano, la religión monoteísta que arraiga de las tierras sagradas de Medio Oriente, y la economía capitalista que arraiga de la Revolución Francesa, la Revolución Industrial y los tratados de Adam Smith, David Ricardo y otros, propugnan también la universalización de la cultura en donde no hay aportes orientales, africanos o hindúes, sino exclusivamente aportes provenientes de una raza blanca europea que, expandiéndose a diestra y siniestra, ha logrado la consolidación de su dominio. Y la cultura aún no es universal, y probablemente jamás lo sea. Quizá resida en este punto el gran problema de incomprensión –ya no entre Oriente y Occidente o entre Norte y Sur como normalmente lo miramos– sino entre algunos de los elementos más sustanciales del ser humano como son las razas y religiones.

Las pugnas por sobreponer este esquema cultural sobrepasaron las pugnas políticas e imperialistas, más allá del fin de la guerra fría, y tienden a tornarse tribales y domésticas, si los árbitros internacionales no llegan a entender que para eliminarlas tienen que satisfacer las autóctonas necesidades culturales de cada uno de los demandantes. ¿Por qué nos empeñamos entonces en exigir que todos adopten iguales esquemas organizacionales e iguales teorías políticas y económicas, si siempre vamos a chocar con la cultura?

Las imposiciones culturales imperativas de occidente, arraigadas en un sistema económico que demanda “consumo”,

sobrepasan las características culturales particulares de cada región, y se sustentan en la fantasía, el egocentrismo y la competencia, aunque muy seguramente no todas las razas y religiones tienen el mismo basamento. Sin embargo, la religión monoteísta cristiana no era una característica greco-romana, y la raza de los demandantes de la Revolución Francesa no era la misma que la de los genios de la Revolución Industrial, pero todo se fundió en un proceso histórico en donde asiáticos, africanos y “amerindios” no tuvieron participación alguna. ¿En qué reside, entonces el secreto de la hegemonía de la raza blanca que logró reunir estos factores para imponerlos y diferenciarlos, aún siendo distintos en su propio seno?

Sin pretender proponer una tesis racista nacionalista estilo Hitler, en donde la humanidad ya tuvo la oportunidad de aborrecer al auténtico anticristo, es importante señalar que los mayores logros modernistas los consiguió la raza blanca proveniente de nórdicos, alpinos y mediterráneos, y en donde posiblemente estén incluidos los judíos. El foco de la historia se prende en esa deslumbrante y aglutinante región llamada Europa habitada por una raza blanca tenaz y conquistadora, aunque todos los demás continentes estuvieron igualmente habitados y habían desarrollado en proporcionales dimensiones, sus condiciones inventivas y guerreras, pero no son los que llevan la antorcha de la historia: definitivamente, fue aquella raza la que condujo a la humanidad hasta el punto en que la encontramos hoy, y su cultura, aunque muy variable, es un postmodernismo estereotipado que se renueva de acuerdo al ritmo de la Bolsa de Valores.

¿Cómo actuaron las demás razas, y cómo actúan hoy? La raza amarilla integrada por mongólicos, indonesios y malayos anclaron su progreso a su cultura, y fue necesario el sacudón “occidentalizador” de la raza blanca para despertar su potencialidad inventiva como lo han demostrado japoneses, coreanos y chinos después de la Segunda Guerra Mundial, mientras que la raza negra y los “amerindios” (incásicos, mayas y aztecas) fueron vícti-

mas de la historia, ya que, sin despreciar su capacidad inventiva, no han aportado en la obtención de premios Nobel, y su característica esencial ha sido estar a la defensiva, tratando de impedir que la raza blanca las siga sojuzgando. ¿Podría haberse la historia, orientado de otra manera?

Después de varios siglos de recuerdos, cuando todas las razas se encuentran, aparentemente, en iguales condiciones y envuelven todos los estamentos institucionales mundiales pero aprisionadas en un sistema aglutinante e impositivo, de donde es imposible sustraerse, es necesario que las agrupaciones políticas, ya no raciales, se inserten en la historia, y mantengan viva la llama de la cultura autóctona, que es el último recurso que les queda.

Si bien la raza blanca no es la expresión de una sola cultura, ya que en sí, no es una sola representación de sangre e ideales como podría pensarse de la raza aria, de su seno emergieron los líderes que transformaron al mundo en ciencias, arte y política e impulsaron a que la humanidad de el gran salto en un proceso determinista dialéctico que jamás terminará mientras exista la raza humana. ¿Qué pueden hacer las demás razas para diferenciarse y sustraerse, cuando aparentemente ya todo está escrito, y es visible que la raza blanca acepta en sus seno a las demás razas para tomar decisiones en la ONU o en las cumbres presidenciales? ¿Será posible y más que todo, recomendable llegar a fundir todas las razas en una sola, según los dictados de la globalización, y podrá llegarse alguna vez a aceptar una sola cultura que establezca un comportamiento uniforme de toda la humanidad? Si a eso alguna vez llegamos, faltaran siglos para lograrlo, si es que no reconocemos que el folclor es tan importante como la propia universalización cultural de la raza blanca.

Notas

- 1 Citado por José García Fajardo en el tema “El Mito de la Cooperación”, El Comercio, Quito 15 Septbre/96.
- 2 *Vitalismo y Existencialismo*. MD en Español, Novbre. 1968.
- 3 *Eros y la Civilización*, Herbert Marcuse.

VI. LA PARADOJA DIALÉCTICA

La paradoja dialéctica

LA DESTRUCCIÓN DE LA DIVINIDAD DEL HOMBRE mediante la expulsión de Adán y Eva del paraíso terrenal lo condujo a procrear conductas diversas y paradójales que, ventajosamente, son el motor de su propia transformación.

Parece que el hombre jamás llegó a entender que mientras más civilizado se volvía, menos libre se tornaba, y al chocar sus intereses contra las barreras de la imparable civilización, más se desarrollaban sus conflictos, poniendo en práctica nuevos mecanismos que pretendían recuperar sus anteriores facultades, para constatar simplemente que estaba inmerso en un proceso irreversible del cual ya no era posible retornar. Este estigma paradójal se manifestó en todas sus actividades diarias y aún en los sistemas políticos que logró desarrollar. En este esquema, el capitalismo y el comunismo, como corrientes económico-sociales de fin de milenio, estuvieron plagados de increíbles paradojas que de una u otra manera los llevaron a desenmascarse, mientras la humanidad veía absorta su propia transformación.

El comunismo, como ya lo habíamos interpretado en su tiempo, era una doctrina de igualdad que se caracterizaba por dar trabajo, alimento y similares oportunidades a todos sus pobladores, aunque ellos no crean en él, pero estableció un sistema rígido de control que contradecía su principio de igualdad. Nadie podría imaginar que un sistema perfecto, donde teóricamente todos gozaban por igual de sus beneficios, no haya logrado proyectar hacia el futuro mejor estabilidad, sino que por el con-

trario, tuvo que fracasar. En su momento, sus cultores observaban incrédulos que sus métodos de producción comenzaron a flaquear de manera que el trabajo se tornó insatisfactorio, y el alimento ya no era abundante sino frugal. No había suficientes recursos y la característica muy humana de belleza, sólo era de cultivo interior, de manera que las inversiones para incrementar la producción o mejorar la infraestructura, así como las concepciones de nuevos modelos o renovados prototipos que ensalcen la belleza física, destruían el concepto dialéctico de calidad. La exageración de medidas, producto de un sistema centralizante, no daba paso a la imaginación. La obesidad del Estado, la implantación de privilegios, el burdo desarrollo del culto a la personalidad y las medidas de terror para controlarse unos a otros, hicieron que un sistema proyectado a la justicia social, se torne inmanejable hasta su propia autodestrucción. El comunismo, aunque ancestral, y tal y como estuvo concebido, desapareció primero que el capitalismo, y espera en el cesto de la historia una renuente recuperación, aunque jamás podrá ser un sistema económico imperante porque toda la teoría financiera que gobierna al mundo de fin de milenio es capitalista.

Por otro lado, el capitalismo, más paradójal que el comunismo, aprovecha de esta circunstancia y se renueva permanentemente en el camino, de manera que a la fecha, ya no hablamos de capitalismo únicamente sino de neocapitalismo o neoliberalismo que son los sistemas que tienden a prevalecer.

El capitalismo, en su perfección utópica, no da trabajo, alimentación e iguales oportunidades para todos los individuos, pero no fracasó en su evolución de las finanzas, y más bien dividió al mundo, luego del Muro de Berlín, cuando éste estuvo fraccionado en tres bloques, en países desarrollados y países menos desarrollados, donde de alguna manera, es factible la recuperación. Pero el capitalismo es responsable de las más increíbles desigualdades humanas donde la miseria y la corrupción reinan por doquier, y se destaca el hecho de que ha fracasado en sus in-

interpretaciones humanas, porque no es una doctrina social como aparentemente lo es el comunismo, sino eminentemente economicista, según se ha manifestado a lo largo de la historia. Los conceptos sociológicos de la “economía social de mercado” propician el bienestar a través del crecimiento económico, pero se oponen radicalmente a políticas redistributivas del producto social, confrontándolo con el tradicional concepto del estado keynesiano, y aún del Estado paternalista como se suponía a mediados de siglo.

¿Qué herencia dialéctica nos dejó el siglo XX, y cómo debemos interpretarla? A pesar de los altos índices de pobreza y miseria en las áreas menos desarrolladas, producto de la insuficiente distribución de la riqueza, sumados al alto índice especulativo a través de los mercados de valores, al desbordamiento de los mercados de consumo y al limitado control de la ecología, la ganancia cualitativa es evidente aunque no suficiente. ¿Qué hubiera pasado si, al empezar el siglo, el mundo hubiese fundado una Organización de Naciones Unidas libre de impurezas y contaminaciones políticas, como sucedió en su nacimiento, a través de la cual se hubiese acordado una serie de cánones morales, éticos y políticos que gobiernen el mundo del futuro? ¿Qué hubiese pasado si los índices de crecimiento poblacional en las regiones más vulnerables se hubiese reducido a la mitad? ¿Qué hubiera ocurrido si el mundo, en vez de haber asistido a la vergüenza de la Primera y Segunda Guerras Mundiales hubiese combatido la revolución rusa para instaurar un gobierno tipo europeo, monárquico, constitucionalista y democrático? Entonces el enfrentamiento dialéctico hubiera seguido otro derrotero, sustentándose en hechos históricos menos traumatizantes, y el mundo se hubiese ahorrado 70 años de retraso político que probablemente hubiera conducido a un mundo más organizado, más justo y más apto para vivir.

Pero la herencia fue clara, el mundo siguió otro camino, y la ganancia cualitativa reside en que ya se superaron algunas eta-

pas que jamás se volverán a repetir. En el siglo XXI, una revolución seguirá siendo signo vital de descontento, desorden y desigualdad social, pero nunca más se podrá llegar al extremo de que un gobierno popular tipo comunista o socialista, tome las riendas de una nación, lo cual ya no sería signo de justicia como lo fue en otra época, sino que sería el más descabellado intento de sedición y la muestra más palpable de que la historia se detuvo y dejó vanas ilusiones que llamarán la mirada internacional. Si la historia marcó las etapas del siglo XX, siempre será factible que, sobre esa historia, se pueda reconstruir un nuevo futuro.

El neoliberalismo

No es factible determinar con exactitud en qué fecha nació el neoliberalismo, aunque sí hay que reconocer que su nacimiento no fue bienvenido, y que se lo ha satanizado lo suficiente como para considerarlo el estigma de los que luchan por la libertad. Neoliberalismo –a decir de algunos– es sinónimo de neocolonialismo imperialista o de esclavitud itinerante, aunque otros más suspicaces, reinterpretando la filosofía de fin de siglo, lo intercambian por el término “pensamiento único”, que en otras palabras significa restricción de políticas públicas y regulación estatal, al más puro concepto del libre mercado de Friedman, en un hecho sin precedentes que provoca el consecuente divorcio entre filosofía y economía pública, dando como resultado el consabido desbandamiento que ha producido –antes de finalizar el siglo– el desastre político y económico más importante después de la postguerra.

Los especialistas dicen que las bases y principios del neoliberalismo se establecieron entre 1932 y 1936, y su creador pudo haber sido Walter Eucken¹, profesor de la Universidad de Friburgo, Alemania, cuando alrededor del continente europeo campeaba el fascismo, hecho que, sin embargo, no podía influir en su contenido filosófico, ya que según su autor, “la política económica debía establecer las condiciones de desarrollo de un régimen

de competencia perfecta, para lo cual era necesario un sistema de precios de competencia perfecta y un régimen monetario de máxima estabilidad”, factores que estaban lejos de suceder en el fascismo.

Ante la imposibilidad de una utilización inmediata de esta nueva teoría, que transformaba en utópica la “competencia perfecta”, Ludwig Erhard y Alfred Muller, revisan su contenido y buscan su aplicabilidad, reorientando el concepto de competencia, y creando el noble concepto de rendimiento que dieron a la ideología neoliberal el nuevo nombre de “economía social de mercado” que es como se la conoce en la actualidad. Si embargo, tal como lo percibimos a fines de siglo, el neoliberalismo práctico se gestó alrededor de los años ochenta cuando ya había estallado la crisis de la deuda externa, y las naciones imperialistas, acreedoras de un enorme capital impago y atosigadas por su aún inestable situación financiera, se vieron en la necesidad de imponer restricciones y controles más estrictos al indolente y muy alegre modo de manejar los capitales prestados, que desde 1972 demostraban las naciones subdesarrolladas.

Para otros el neoliberalismo se origina alrededor de los años 70 cuando el Presidente Nixon, presionado por el rápido crecimiento de la economía mundial en torno a sus principales competidores, pone fin a la política del Estado de Bienestar de Keynes y asume el nuevo discurso de la economía de mercado de Adam Smith, genialmente actualizada por Milton Friedman.

Neoliberalismo es un término menos despótico, que deriva como “nuevo liberalismo”, ya que si el viejo liberalismo –producto de la revolución francesa de Voltaire y Montesquieu, del “laissez faire, laissez passer”– caducó como debía ser, entonces el término deviene en el rescate de una ideología que transformó el mundo y que propone una revisión rejuvenecedora para recuperar el status perdido. Entonces, justo es darle al término una fecha de nacimiento honorable que corresponda a algo parecido

a una revolución, y lo más adecuado dentro del período 80-90 es la caída del Muro de Berlín que determina definitivamente la muerte de las ideologías –incluida la capitalista del viejo liberalismo– y el nacimiento de nuevas posturas “democráticas” para enfrentar el nuevo milenio, una como neoliberalismo, que es la prevaleciente, y otra que aún puede estar en gestación como siempre lo estuvo, y que a lo mejor no nazca nunca, pero que podría llamarse neomarxismo para darle al marxismo la posibilidad de reivindicarse, aunque el marxismo jamás permita llamarlo de esa manera. Y de esta forma, se mantendrían intactas, o a lo mejor presionan para que las posiciones irreconciliables, características del siglo XX, no cambien nunca jamás.

Simultáneamente a ese período, y sin la participación de Friedman o de algún otro economista o filósofo neoliberal, germina la idea del “nuevo orden mundial” que suspicazmente puede contener influencia neoliberal, pero que se la puede rescatar para darle otra identidad, que es lo que permanentemente han estado haciendo los más sensatos y que en definitiva generará la nueva corriente que presionará para los cambios del próximo milenio.

Es imposible que a estas alturas del tiempo, exista nación o líder político alguno que pretenda sustraerse del engranaje de la historia, en donde, a decir de Castañeda y Mangabeira², “el estrechamiento de los parámetros ideológicos, aunado al imperativo de ceñirse a las exigencias del flujo de capitales, bienes y personas, ha reducido el margen de maniobra de cada nación, de cada gobierno, de cada partido o movimiento”, a tal punto que el término “neoliberalismo” estrechamente identificado en la palabra “globalización” se transforma en el anticristo que todos pretendemos combatir. Los ejemplos más claros de aceptación y negación absoluta a esta sintomatología, y sus resultados más inmediatos, son China y Cuba, en donde la primera, abriendo inesperadamente sus relaciones comerciales con el mercado capitalista “neoliberal” obtiene excelentes resultados en la última

década, incluyendo una de las tasa de crecimiento más altas del mundo durante un sostenido período de diez años –bajo el control estricto del gobierno central– mientras que la segunda, persistiendo en un concepto (no en la ideología) que dejó de tener validez, continúa sumida en el pozo de sus grandes expectativas. Existe entonces, la intrínseca necesidad de generar un nuevo sistema político, que de una u otra manera provea de mecanismos para el desarrollo, en donde sus principales ingredientes sean los recursos financieros del neoliberalismo más los recursos humanos de un neomarxismo remozado, que producirían los explosivos efectos que paulatinamente todos queremos obtener.

La otra cara de la medalla, en donde las naciones extercer-mundistas saltan a la palestra es indudablemente el maquiavelismo, la exageración o el desentendimiento de métodos, con magros y hasta contradictorios resultados, que bien merecen una corte de justicia internacional, para juzgar su estupidez, en donde no se considera una lógica estructuralista o “financiera” como llamarían Castañeda y Mangabeira, para seleccionar posibilidades, sino que se adoptan viejos esquemas dejando poco margen a la investigación. Y no es que está en juego la soberanía, la democracia o la libertad, como se pretende argumentar, sino que se pone en riesgo a la población que cada vez deja de tener menos participación en el banquete de la producción. Las naciones líderes han dado suficiente tiempo a las subdesarrolladas para que resuelvan sus problemas internos (su maquiavelismo), y muchas persisten en su necedad. Temas como la corrupción, la dilación política y la falta de unidad interna, han retrasado el “desarrollo” de tantas naciones que, considerando próximo el fin de siglo, bien podrían ser relegadas para apoyar su búsqueda de nuevas oportunidades, como en realidad ha estado sucediendo en la actualidad.

¡Imposible adoptar un sistema político “desarrollista” si se lo identifica como neoliberal! podrá ser la voz de protesta de centristas e izquierdistas revolucionarios y amarillos que no lo-

gran identificar la nueva situación a la que nos llevó la dialéctica. Sin embargo, todos los “menos desarrollados” reconocerán que es necesario ordenar las finanzas públicas, disminuir la carga del Estado, eliminar privilegios de todo orden incluyendo la desregulación de los mercados laborales y la protección de oligopolios ineficientes, y en definitiva plantear impostergables cambios estructurales que adecúen al Estado para enfrentar los nuevos conceptos modernizadores, ¿no son éstos, algunos mecanismos neoliberales de control gubernamental que sin embargo no son puestos en práctica en su totalidad por los prejuicios tercermundistas? Ordenar las finanzas públicas ¿no es un requisito del FMI para firmar cartas de intención y acceder a préstamos de estabilización? Disminuir la carga del Estado ¿no es privatizar y rebajar personal, como se lo ha venido haciendo en los inestables estados latinoamericanos? A estas alturas, nadie quiere entender que los confrontamientos llevan a nuevos enfrentamientos, y que la búsqueda de soluciones en un mundo que puede llamarse civilizado está en proponer y no en rechazar sistemáticamente la oferta de cambio.

El nuevo Estado latinoamericano

La crisis global de fin de siglo puso en alerta la redefinición de varios conceptos que perdieron su tradicional validez. Uno de ellos es el concepto de Estado que el neoliberalismo se encargó de modificar. Si se implanta una economía de libre mercado, ya no se requiere la participación del Estado, y su presencia sería superflua porque todas las actividades de una nación estarían ligadas por el vaivén del libre mercado que sería quien establecería los puntos de equilibrio para estabilizar la situación. Esta es evidentemente una esquematización utópica equivalente a la propuesta que en su tiempo hizo el marxismo sobre la extinción del Estado, que requiere una revisión. Para entender la situación, debemos olvidarnos momentáneamente que existe el capitalismo, y nos dedicaremos a desentrañar el concepto de “civilización”.

Ciertamente en el mundo civilizado de fin de siglo, luego de todo el baño de historia que nos tocó soportar, estableció el punto en que la economía mundial se gobierna por las actividades globales de la industria, el comercio y la banca, de tal forma que son ellos los que definen la situación porque manejan todo el capital financiero, y son generadores de empleo. El Estado participa el instante en que todavía hablamos de fronteras, de soberanía y de población, y mantiene una regulación arbitral que de otra forma no podría existir. Sobre estas características, es totalmente ilógico que sean las fuerzas del mercado y de la libre empresa las que regulen la organización social con toda la carga de responsabilidad que ello implica, para dar respuesta, a enormes áreas poblacionales que jamás tuvieron atención.

Aquí nace probablemente la nueva frontera entre neoliberalismo y socialismo que es el nuevo orden mundial que se propugna. El neoliberalismo ha aceptado que son incompatibles las fuerzas del mercado con el orden social civilizado, así como lo fue el comunismo con las finanzas, y que de lo uno se encargan “los inversionistas” buenos y malos, y de lo otro se encarga el Estado, y que el instante en que el hombre acepta este pacto civilizado se genera una responsabilidad que se podría llamar “herencia social”, similar a la “herencia familiar”, que eleva al hombre a la calidad de dueño del Estado-nación, y como tal, tiene todo el universo a su disposición, con iguales derechos y prioridades que obtienen quienes aportan a la producción, bajo la consideración de que quienes no aportan son los niños, los ancianos, los desempleados y los desvalidos, pero son quienes tienen derecho a una participación en calidad de “herencia social” porque así lo propugna esta nueva civilización.

Sobre la base de democratizar la economía de libre mercado, humanizar el neoliberalismo, y modificar la lógica financiera y especulativa del mundo de fin de siglo, propuesta por Castañeda y Mangabeira, se debería establecer, siguiendo su concepto medular:

1. Un proyecto de Estado-nación con sustento político que tienda a:
 - a) Regular el capital especulativo procedente del exterior, a través de la imposición de impuestos de entrada y salida, estimulando la inversión extranjera directa y desestimulando la inversión extranjera de cartera.
 - b) Dar prioridad al ahorro interno para reducir la dependencia del capital especulativo.
 - c) Incentivar los procesos de integración económica regional.
 - d) Propugnar alianzas centroizquierdistas que desplacen a las alianzas centroderechistas que son las que respaldan las reformas económicas conservadoras.

2. Un proyecto de Estado democrático con fortaleza económica que obtenga:
 - a) Un sistema tributario que permita una renta pública elevada que suba progresivamente a niveles internacionales.
 - b) Medios eficientes para erradicar la corrupción, deshonestidad e ineficacia administrativas.
 - c) Elaborar estrategias nacionales de desarrollo a largo plazo que fije los parámetros privatizadores, bajo el control de instituciones de fiscalización y transparencia que supervigile la venta de los activos estatales.
 - d) Privatizar empresas públicas a condición de utilizar las ganancias para abatir la deuda pública interna y para acentuar la competencia contra el monopolio.
 - e) Crear un marco jurídico regulador para asegurar el adecuado funcionamiento de las macroempresas privadas de servicio público.

3. Construir una sociedad equitativa que persiga:
 - a) Aplicar el principio básico de “herencia social” en donde todos son herederos de la sociedad a la que se pertenecen.

- b) Desvincular el conjunto básico de derechos sociales del empleo estable. (No sólo quien tiene un trabajo estable tiene derecho a seguridad social).
 - c) Priorizar los derechos sociales de la niñez y la educación, proveyéndole de sustento alimenticio y asistencia médica.
4. Construir sociedades de vanguardia que obtengan:
- a) Descentralizar la exclusividad de asociación entre el poder público y sus políticas alternativas de desarrollo.
 - b) Propugnar la integración económica, eliminando los obstáculos en las relaciones económicas con las demás naciones.
 - c) Acceder a la iniciativa popular para revocar mandatos por la vía pacífica como referéndums, ministerios públicos independientes, y vías judiciales sumarias contra los abusos de poder.

Aunque sería deseable un “choque libertario” como lo proponen Castañeda y Mangabeira, “que provoque largos y continuos estallidos de la sociedad civil que les permitan a los ciudadanos desamparados de América Latina conocer sus derechos y defenderlos”, la historia establece que ese tipo de situaciones ya están archivadas, y que los procedimientos modernos seguirán siendo de diálogo y nuevos acuerdos al estilo civilizado de fin de siglo, que renueve las condiciones y favorezca a la dialéctica.

La nueva utopía

En el planeta existen millones de especies vivas que han alcanzado, separadamente, diferentes grados de evolución. Todas ellas aprovechan de las riquezas del planeta, y todas tienen el suficiente alimento como para vivir bien. Posiblemente ninguna de ellas pretenda declarar superioridad de unas a otras, y aunque en algunos casos se toleran entre sí, muchas de ellas se sirven de alimento mutuo, sin que lleguen a exterminarse definitivamente.

Muchas especies de vertebrados e invertebrados mantienen complicados e increíbles sistemas organizativos para preservar y mantener su existencia, que realmente sorprende. Constituyen verdaderas sociedades de miles y miles de individuos, cada cual con una tarea específica, y en cierta forma automática, que lleva a pensar que su constitución genética es algo así como una cinta magnética en donde se encuentran grabados algunos procedimientos de comportamiento que los conduce a mantener la existencia perenne de su organización.

Las hormigas por ejemplo, tienen una organización social que cautiva a quien la observa. Y téngase presente que existen cientos de clases diferentes de este insecto que se adaptan a distintas circunstancias de vida, de acuerdo al sector geográfico que les correspondió vivir. Cada una de ellas se encarga de una actividad específica, e incluso el acto de reproducción está claramente destinado a un solo individuo, entregando esta actividad tan importante de preservación de la especie, a la principal de ellas que viene a constituirse en reina y madre de todas las demás, y que dosifica y controla las condiciones de vida de una colonia para conseguir la organización más apropiada para todos los individuos de la especie. El alimento no falta como para que alguna de ellas esté subalimentada, y la actividad productiva para conseguirlo es exclusivamente por medio del trabajo de las obreras quienes recolectan especies, a veces de lugares muy remotos a la colonia, que almacenan y provocan su autorregeneración que a su vez garantiza el abastecimiento aún en tiempos en que posiblemente no sean los más propicios para trabajar.

¿Qué pasaría si en una inesperada situación cuasidivina se alterase el contenido de información grabado en la “cinta magnética” de su constitución genética, de manera que un individuo resultase un rebelde, un azuzador o un asesino que pretendiese producir levantamientos “sociales” que persigan modificar la situación de la colonia? Muy seguramente hasta la fecha esto no ha ocurrido porque las especies del planeta jamás se han autoextin-

guido por esta razón, y más bien, ha sido el hombre el que ha aportado a su extinción, dejando de beneficiarse en muchos casos, no sólo del increíble misterio de su existencia, sino también del aporte y valor científico que tal o cual especie pueda conceder. El hombre está obteniendo, al finalizar el siglo, tan valiosa información e incluso enseñanzas de algunas especies inferiores, que no sería raro que en determinado momento tengamos que adoptar su organización social, para poder salvar a nuestra propia especie.

¡Qué maravillosa organización social! ¡Lástima que sea de seres inferiores que no son exigentes, que no se visten, que no gozan de entretenimientos, que no son egoístas ni tienen ambiciones, que no tienen un Dios a quien agradecer el milagro de su creación, y finalmente, que no sean civilizados! Son simples autómatas que no se afectan de la bipolaridad que caracteriza a los seres humanos, que no sienten placer ni dolor, que no gozan del arte ni de la poesía, que no sienten angustia por el futuro, y que su única meta es mantener y proteger su especie, lo cual lo han perennizado incluso desde antes de que exista el hombre.

Sin embargo, las diferencias son obvias y muy claras, y solamente la constitución “divina” de la inteligencia humana continuará dando al hombre la supremacía sobre los animales y con cualquier otro “ser” que pueda existir extraterrenalmente, para impedir que se empañe esta realidad existencial que nos pertenece a todos. De ahí que muy estúpido sería pensar fuera del contexto de preservar nuestra propia especie, si los animales lo tienen tan claramente establecido. Estúpido sería que el hombre, por no regular su propia existencia, transbordase sus propios límites y llegase a procrear monstruosidades que pongan en peligro su status. Sin embargo, su característica de bondad-maldad que es intrínseco de la inteligencia, jamás podrá ser modificada porque eso le da la diferencia con los animales inferiores, pero ese es su estigma dialéctico con el que tendrá que enfrentarse permanentemente, y sólo a través de él, conseguirá mejores nive-

les de vida para igualar en cambio, la ventaja que nos llevan los insectos en su perfecta organización social, apta para que todos tengan por igual el alimento y la subsistencia diaria que los humanos aún no podemos alcanzar.

¿Cuál es la sociedad que pretendemos los humanos si en más de 4000 años de existencia civilizada no acertamos en adoptar una organización socioeconómica que al menos, imitando a los seres inferiores, distribuya equitativamente la producción? Nuestro sistema social se basa en una serie de acuerdos, convencionalismos y restricciones que de otra forma no podría existir, a diferencia de los insectos en donde, no sólo que no hay acuerdos, sino que no se ha “industrializado” la producción, de tal forma que la mano de obra es el único factor que genera riqueza. Sin embargo esa organización social es comparable muy imaginativamente, con otro tipo de organización de los humanos en donde no intervienen sentimientos sicosociales sino en donde únicamente importan los resultados, condición que puede interpretarse en el término “el fin justifica los medios”. No importa qué recursos se utilicen ni quien salga lastimado o beneficiado por su uso, lo que importa es que los resultados siempre deban ser positivos y beneficiosos para quienes participan en el proceso. Este es el caso del mercado de valores, eslabón de la pobreza y la riqueza, corresponsable de la crisis de la humanidad, en donde la especulación seguirá siendo el factor imponderable que define la situación de las inversiones, y en donde no existen banderas, fronteras ni autonomías, sino el simple deseo de acumular más para llenar la más inescrupulosa de las ambiciones: la adoración por el dios dinero que transformó el sentimiento humano de bondadoso a malicioso.

Notas

- 1 *Fundamento de la Política Económica*, Walter Eucken, citado por Frente de Izquierda Unida.
- 2 *Una nueva visión para el futuro de América Latina*. Jorge Castañeda y Roberto Mangabeira.

BIBLIOGRAFÍA

Milton y Rose Friedman
Libertad de elegir

Paul Erdman
¿Y después que?

Ravi Batra
La gran depresión de 1990

Adam Smith
Papel moneda

Marcelo Ortiz Villacís
Conflictos del mundo contemporáneo

Eduardo Galeano
Las venas abiertas de América Latina

Dr. Francisco J. Mojica
La educación superior latinoamericana frente a las reglas del juego del siglo XXI, mayo/99

F. Major y J. Bindé
The world ahead: our future in the making (une monde nouveau)

Jorge Castañeda y Roberto Mangabeira
Una nueva visión para el futuro de América Latina

Alicia Frohman

Cooperación política e integración latinoamericana en los 90, FLACSO, Chile.

Peter Berger

América Latina bajo una perspectiva cultural comparativa

Dominique Plihon y Françoise Chesnais,

Une crise systemique globale, Oct/98

S.C. Gwynne,

La crisis global, Time magazine

Walter Eucken

Fundamentos de la política económica

Eduardo Santos,

OPEP, un instrumento de cambio. Cuadernos NUEVA,
No. 9

Enciclopedias: Lexis 22 y Océano

DATOS DEL AUTOR

FIELDEN TORRES. Autor de *El fin de la historia, ¿ficción o realidad?* (AbyaYala, 1998), *Hacia una reforma politécnica* (cuadernos Amanecer No. 3, 1973), *Acerca del teatro dialéctico*, ediciones Inti, 1974).

Profesor de la Universidad Tecnológica Equinoccial,
Consultor Técnico. (Teléf. (02)599-893)